

CAP 18

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 18

Los acontecimientos finales

Stanley M. Horton

Lo que dice la Biblia acerca de los acontecimientos finales de la vida y la historia no es una simple idea de última hora.¹ En [Génesis 1](#) se nos muestra que Dios creó de acuerdo a un plan; un plan que incluía secuencia, equilibrio, correspondencia, y un punto culminante.² Estas cosas no suceden al acaso. Entonces, cuando Adán y Eva pecaron, Dios prometió que la descendencia de la mujer le aplastaría la cabeza a la misma serpiente que la había tentado ([Génesis 3:15](#); véase [Apocalipsis 12:9](#)). A partir de ese momento, la Biblia va desarrollando gradualmente un plan de redención con las promesas hechas a Abraham ([Génesis 12:3](#)), a David ([2 Samuel 7:11, 16](#)) y a los profetas del Antiguo Testamento; promesas que apuntan al futuro, hacia la venida de Jesús y su triunfo final. El evangelio nos da además la seguridad de que “el que comenzó en nosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” ([Filipenses 1:6](#)). Es decir, que toda la Biblia está enfocada hacia el futuro; un futuro que está asegurado por la naturaleza misma de Dios.

18.1 LA ESPERANZA DEL CREYENTE

La Biblia revela a Dios como el Dios de la esperanza que nos da paz y gozo cuando confiamos en Él ([Romanos 15:13](#)). La seguridad que tiene el creyente en su esperanza es doble: el amor de Dios que envió a Jesús a la cruz por nosotros ([Romanos 5:5–10](#)) y los actos de poder del Espíritu Santo que causan que abundemos “en esperanza por el poder del Espíritu Santo” ([Romanos 15:13](#)).¹ De esta forma, el Espíritu Santo, que nos bautiza y nos llena, “es las arras[el depósito, el primer pago] de nuestra herencia” ([Efesios 1:14](#)). Pablo nos muestra también que nuestra esperanza no es incierta; es tan segura como lo más seguro entre todo lo que ya tengamos. La única razón por la cual son llamadas “esperanza” la promesa de nuestra resurrección, nuestro nuevo cuerpo, nuestro reinar con Cristo y nuestro futuro eterno, es que no los tenemos aún ([Romanos 8:24–25](#)).² Esta esperanza nunca nos va a desilusionar, o hacer que nos sintamos avergonzados por habernos aferrado a ella, porque la mantiene viva y manifiesta que es verdadera el amor de Dios que el Espíritu Santo ha derramado en nuestro corazón ([Romanos 5:5](#)).³ El hecho de que Él enviara

a su Hijo a morir por nosotros es la demostración suprema de ese amor y nos da la certeza de que el mismo amor proporcionará todo lo necesario para ver que lleguemos a la gloria eterna ([Juan 3:16](#); [Romanos 5:8–10](#); [8:18–19](#)).

Pablo afirma enfáticamente que alejados de Cristo, los seres humanos carecen de esperanza ([Efesios 2:12](#)); es decir, no tienen el tipo de esperanza del que habla la Biblia. Muchas otras religiones antiguas tienen una visión cíclica de la historia, en la que todo vuelve a aparecer una y otra vez, de manera que no ofrecen ninguna meta futura en la historia. El hinduismo sólo quiere detener todos los deseos de la vida con el propósito de poderse salir de la rueda de nacimientos, muertes y reencarnaciones. Algunos griegos y romanos miraban al pasado para tratar de hallar leyes que gobernasen lo que ellos consideraban una eterna repetición de la historia; los resultados solían ser pesimistas. Su visión cíclica de la historia no les daba esperanza en un destino glorioso. Por consiguiente, cuando alguien se interesaba en el futuro, en la mayoría de los casos solía ser el futuro inmediato, que trataban de influir o evitar por medio de la astrología, la adivinación y diversas prácticas ocultistas o ritos paganos. Muchos de los que se alejan hoy de la Biblia están haciendo lo mismo. De no hacerlo, se identifican con esperanzas vacías en un progreso evolucionista, o unos sueños de tipo comunista.⁴

La Biblia rechaza todas esas expectativas como falsas: vacías, sin sentido, degradantes, corruptoras. Los creyentes tienen una esperanza mejor en Cristo y a través de Él; Cristo mismo es nuestra esperanza ([Colosenses 1:27](#); [1 Timoteo 1:1](#)). La Biblia presenta lo que es básicamente una visión lineal de la historia que espera la ayuda y la bendición de Dios en el presente, y un futuro glorioso, para aquéllos que confían en Él. La epístola a los Hebreos nos exhorta a los que “hemos acudido para asirnos de la esperanza” a cobrar ánimos y a mantener “firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió” ([Hebreos 6:18](#); [10:23](#)). Como lo expresa Paul Minear, esta esperanza no es “una posibilidad vaga en el futuro”.¹ Dios tenía presentes desde el principio las últimas cosas. Es cierto que la Biblia centra su atención alrededor de la primera venida de Cristo, que logró la salvación e hizo que el futuro irrumpiese en el presente de una manera promisoria. Con todo, la segunda venida de Cristo, que traerá consigo la consumación del plan de Dios y la gloria que nosotros vamos a compartir, también se halla presente.

Los profetas del Antiguo Testamento miraron hacia los últimos días sin indicar con precisión cuándo llegarían. No era su propósito satisfacer la

curiosidad de la gente, sino centrarse en los propósitos de Dios y utilizar las profecías como incentivo para obedecer la voluntad de Dios en el presente. Por ejemplo, Isaías habló de un tiempo en el que sería exaltada la casa de Dios “y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová ... Nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas” (Isaías 2:2-3). Entonces, Dios traería el juicio y la paz. Esta verdad trajo consigo el llamado: “Venid, oh casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Jehová” (Isaías 2:5). Sofonías usó también el juicio futuro para proporcionar un incentivo hacia unas actitudes correctas en el presente, cuando dijo; “Buscad a Jehová ... Buscad justicia, buscad mansedumbre; quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová” (Sofonías 2:3).

De una manera similar, el Nuevo Testamento usa la esperanza de la venida de Cristo como motivación. “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:2-3).

Puesto que sus discípulos pensaban que el reino futuro aparecería de inmediato, Jesús les tuvo que hacer saber que habría una demora, y que, a pesar de ella, tendrían que mantenerse vigilantes, preparados para el momento en que Él llegara. En una parábola, se comparó con un hombre de noble cuna que fue a un país “distante” para que lo nombrasen rey, y para regresar después (Lucas 19:11-27). Más tarde, los discípulos comprendieron que Jesús quería decir que Él tenía que ascender a los cielos para ocupar su trono allí, antes de poder regresar como Rey. La comparación con un viaje a un país distante hacía resaltar también el hecho de que estaría fuera por largo tiempo.

Cuánto tiempo sería éste, Jesús no lo dijo con exactitud; el momento de su regreso, sólo lo conoce el Padre que está en los cielos (Mateo 24:30, 36; Marcos 13:32-33). Quizá Dios haya retenido esta información con el fin de hacer mínimos los peligros de la tardanza. Muchos se sentirían tentados a seguir el ejemplo del siervo malvado de Mateo 24:45-51, quien se dijo: “Mi señor tarda en venir”, y comenzó “a golpear a sus conserjos, y aun a comer y a beber con los borrachos. Vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes” (vv. 48-51). Es mejor que no conozcamos el momento en que regresará Cristo. Dios quiere que hagamos su obra. Es más posible que seamos fieles si sabemos que siempre debemos estar vigilantes, listos en cualquier momento para su venida (Mateo 24:42; 25:13).

Aunque Jesús indicó de nuevo que pasaría largo tiempo ([Mateo 25:19](#)), insistió repetidamente en que su venida sería tan súbita como inesperada. Los creyentes fieles no serán tomados por sorpresa, porque ellos estarán esperando y trabajando, sin importarles lo mucho que se tarde la venida del Señor ([Lucas 12:35–38](#)). Los cristianos sólo serán sorprendidos si dejan que sus corazones “se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida”. Entonces, vendrá “de repente” sobre ellos aquel día, inesperado “como un lazo” ([Lucas 21:34](#)). Jesús nos advirtió: “Velad, pues, en todo tiempo orando que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre” ([Lucas 21:36](#)).

Entre las últimas palabras de Jesús que recoge el Nuevo Testamento, se halla esta declaración: “¡He aquí, vengo pronto!” ([Apocalipsis 22:7, 12](#)). Los que se burlan dirán: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento?” ([2 Pedro 3:4](#)). Sin embargo, tenemos que recordar que Dios no mira al tiempo de la misma forma que nosotros: “Para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” ([2 Pedro 3:8](#)). Además, le interesa que haya más personas que acudan al arrepentimiento, y que nosotros podamos seguir llevando adelante la Gran Comisión ([2 Pedro 3:9](#)). Por consiguiente, es bueno que vivamos en la tensión entre el “pronto” y el “todavía no”, haciendo su obra, realizando las tareas que Él nos encomienda, hasta que Él regrese ([Marcos 13:33–34](#); [Lucas 19:13](#)).

Jesús comparó también el mundo en el momento de su venida con el mundo en los días de Noé. A pesar de las advertencias, de la predicación, de la construcción del arca y la recogida de los animales, las personas no hacían caso ni estaban preparadas. En realidad, no creían que llegaría el juicio de Dios. Para ellas, el día del diluvio había amanecido como cualquier otro día: tenían planes para sus comidas, su trabajo, sus fiestas y sus bodas. Sin embargo, aquel día trajo consigo el final del mundo tal como lo conocían. De igual manera, el mundo presente seguirá adelante ciegamente, haciendo sus propios planes; pero un día Jesús regresará ([Mateo 24:37–39](#)).

Para destacar el hecho de que será un día como cualquier otro, Jesús dijo: “Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada” ([Mateo 24:40–41](#)). Es decir, las personas estarán dedicadas a sus tareas diarias normales, y de pronto vendrá la separación. “Tomado” (gr. *paralambánetai*) significa “llevado consigo o recibido”. Jesús tomó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo consigo ([Mateo 26:37](#)). Él mismo prometió: “Vendré otra vez, y os *tomaré* a mí mismo” ([Juan 14:3](#)).

O sea, que los que son tomados, son recibidos en la presencia de Jesús para estar con Él eternamente (1 [Tesalonicenses 4:17](#)). “Dejado” (gr. *afietai*) significa “dejado detrás”, como en [Marcos 1:18, 20](#); dejado detrás para que se tenga que enfrentar con la ira y los juicios de Dios. En otras palabras, no habrá advertencia previa, ni oportunidad para prepararse en el último minuto. La misma verdad es presentada en la parábola de las diez vírgenes ([Mateo 25:1–13](#)). Todo esto nos recuerda que, a pesar de la tardanza, siempre debemos considerar inminente el regreso de Cristo.

A fin de dar mayor fuerza a la exhortación a estar siempre listos, Jesús repitió también el hecho de que nadie conoce el momento de su regreso, sino el Padre ([Mateo 24:36, 42, 44](#); [Marcos 13:32–37](#)). Esto era difícil de entender para los discípulos, e inmediatamente antes de que Él ascendiera a los cielos, le preguntaron: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” ([Hechos 1:6](#)). Jesús les contestó: “No os toca a vosotros saber *los tiempos o las sazones*, que el Padre puso en su sola potestad” (v. 7). En otras palabras, que no era asunto de su incumbencia.¹ Lo que a nosotros nos corresponde, está en [Hechos 1:8](#): “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos ... hasta lo último de la tierra.” Esto elimina todo intento por fijar fechas, incluso todas las sugerencias acerca del momento, e incluso la estación del año en que Cristo podría regresar.² La atención de los creyentes se debe fijar en Jesús ([Hebreos 12:2–3](#)) y en la tarea de cumplir fielmente con la Gran Comisión ([Mateo 24:45–46](#); [25:21, 23](#)).

Pablo refuerza las advertencias de Jesús al reconocer que “el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche” (1 [Tesalonicenses 5:2](#)). Con todo, los creyentes no serán tomados por sorpresa; no porque conozcan el momento, sino porque son “personas del día”, que viven en la luz de la Palabra de Dios (no personas de la noche, que pertenecen a las tinieblas del mal). Por consiguiente, se mantienen vigilantes, en control de sí mismos, protegidos por la fe y el amor como una coraza, y con la esperanza de salvación como un yelmo (1 [Tesalonicenses 5:4–9](#)). Como el apóstol Pablo, mantienen un intenso anhelo de que Cristo aparezca (2 [Timoteo 4:8](#)), porque lo aman y confían en Él intensamente. La esperanza de Pablo nunca estuvo “atada a una fecha fija, sino al evangelio que pronunciaba el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y llamaba a una confiada existencia”.³

Jesús advirtió también contra el exceso de atención a las señales. Los falsos cristos (mesías, “ungidos”, grupo en el que se incluye a los que afirman tener una unción especial superior a la de los demás) usarán señales para engañar ([Mateo 24:4–5](#)). Jesús explicó que las guerras y los

rumores de guerras *no son* señales. Es necesario que sucedan esas cosas, simplemente porque son — junto con las hambres, los terremotos, las persecuciones, las apostasías, los falsos profetas y el aumento en la maldad — características de toda la era situada entre la primera venida de Cristo y la segunda, la era en la cual nosotros tenemos la responsabilidad de predicar el evangelio en todo el mundo ([Mateo 24:6–14](#)). En lugar de centrarnos en las señales, debemos tomar una postura firme de fidelidad a Jesús y levantar la cabeza; es decir, debemos mantener nuestra atención centrada en Jesús, porque nuestra redención se acerca ([Lucas 21:28](#)).

La gracia salvadora de Dios nos enseña que, “renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la *esperanza bienaventurada* y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” ([Tito 2:12–14](#)). “Bienaventurada” (gr. *makarían*) significa una plenitud de bendición, felicidad y gozo recibida gracias al favor bondadoso e inmerecido de Dios. Aunque los creyentes hemos sido bendecidos ya en el presente, nos espera mucho más en el futuro.

La mayor parte de los teólogos reconocen que “en el Nuevo Testamento se ve el futuro como el desarrollo de lo que es dado en la resurrección de Cristo”.¹ Su resurrección era el tema clave en la predicación de la Iglesia Primitiva. En el día de Pentecostés, Pedro centró la atención en Jesús. Pablo proclamó que “ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho” ([1 Corintios 15:20](#)). “Y si el Espíritu de aquél que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” ([Romanos 8:11](#)). Pedro también habló de “una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible” ([1 Pedro 1:3–4](#)).

De manera que la resurrección de Cristo se convierte en la garantía de que nosotros seremos resucitados y transformados, de tal forma que nuestro cuerpo resucitado será inmortal e incorruptible ([1 Corintios 15:42–44, 47–48, 50–54](#)). Así lo expresa Ralph Riggs:

Esta resurrección y traslación de los santos tiene una extensión de gloria que no podemos comprender ... Está llegando el momento en que el Espíritu nos envolverá con su poder, transformará nuestro cuerpo con su fortaleza y nos transportará a la gloria ... Ésa será la manifestación de los hijos de Dios, la gloriosa libertad de los hijos de Dios ... ése, el triunfante punto culminante de la obra del Espíritu Santo.¹

Nuestro cuerpo resucitado será como el de Él ([Filipenses 3:21](#); [1 Juan 3:2](#)). Aunque Dios creó a la humanidad a semejanza suya, y la imagen seguía existiendo después de la caída ([Génesis 9:6](#)), se nos dice que Adán “engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen” ([Génesis 5:3](#)). Por eso, dice Pablo: “Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” ([1 Corintios 15:49](#)). Nuestro cuerpo nuevo será tan diferente de nuestro cuerpo actual, como lo es la planta de la semilla ([1 Corintios 15:37](#)).

También se describe como “espiritual” al cuerpo resucitado de los creyentes, en contraste con nuestro cuerpo “natural” del presente. Generalmente, se está de acuerdo en que “espiritual” (gr. *pneumatikón*) no significa que “esté hecho de espíritu”; tampoco será este cuerpo inmaterial, etéreo o carente de densidad física. Los discípulos supieron por experiencia que el cuerpo resucitado de Cristo era real, palpable; no fantasmagórico, y sin embargo, pertenecía a un orden algo diferente, capacitado tanto para el cielo como para la tierra, aunque no limitado por las condiciones de nuestras “dimensiones de espacio y tiempo” actuales.² Por eso se describe nuestro cuerpo resucitado como “celestial” (gr. *epuránios*).

Es decir, aunque nuestro cuerpo actual sea terrenal, natural (gr. *psykijón*), con las mismas limitaciones que tuvo Adán después de la caída, nuestro cuerpo resucitado tomará cualidades y gloria sobrenaturales. Aunque seguiremos siendo seres limitados, y dependeremos de Dios por completo, nuestro cuerpo será el instrumento perfecto que nos permitirá responder al Espíritu Santo de maneras nuevas y maravillosas.¹

Cuando los creyentes judíos claman ¡*Abbá!*, o los creyentes gentiles claman “¡Padre!”, el Espíritu Santo “testifica con nuestro espíritu” que lo que estamos diciendo no se limita a las palabras, y nos confirma que Dios es realmente nuestro Padre. Sin embargo, nuestra relación con Dios como hijos suyos no se limita a esta vida. Nos hace herederos de Dios y coherederos con Cristo ([Romanos 8:17](#)). Ahora tenemos “las primicias del Espíritu” (v. [23](#)). La plenitud vendrá junto con la plenitud de la adopción y la redención de nuestro cuerpo (v. [23](#)); esto es, en el momento de la resurrección.

Mientras tanto, el Espíritu nos prepara de muchas maneras para el cumplimiento de nuestra esperanza de gloria. Nos ayuda a orar ([Romanos 8:26–27](#)) mientras que “por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia” ([Gálatas 5:5](#)). El don del Espíritu Santo es un sello y un “pago inicial” de lo que recibiremos con una plenitud mayor en nuestra herencia

futura como hijos de Dios ([Efesios 1:13–14](#)). Es también una “promesa” de que lo recibiremos con toda seguridad si mantenemos nuestra fe en Jesús y seguimos sembrando “para agradar al Espíritu”, y no a nuestra naturaleza pecadora ([Gálatas 6:7–10](#); véase también [Romanos 2:10](#)).²

En los escritos de Pablo está muy presente la obra que hace el Espíritu para prepararnos para la edad futura. La idea central de [Romanos 14:17](#) es que la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo deberán demostrar que estamos bajo el dominio de Dios; que Él es realmente el Rey de nuestra vida. Con todo, Pablo no limita el reino a estas bendiciones del presente. De hecho, son bendiciones del reino futuro, pero por medio del Espíritu, son nuestras ahora también. Pablo continúa señalando que nos preparan para el futuro y aumentan nuestra expectación ante nuestra esperanza futura ([Romanos 15:13](#)). Esta es la esperanza que se hallaba tras el grito de “*Marán azá*”, esto es, “¡El Señor viene!” ([1 Corintios 16:22](#)).

Además de estas primeras entregas de las bendiciones de la edad futura, podemos tener momentos especiales de refrigerio de parte del Señor cada vez que manifestamos arrepentimiento, o un cambio de actitud que nos acerca a Él ([Hechos 3:19](#)). Con todo, como ya hemos insistido, no debemos tomar a la ligera las advertencias de Jesús. Una y otra vez, Él insistió en la importancia de estar preparados y de vivir a la luz de su regreso ([Mateo 24:42, 44, 50; 25:13; Lucas 12:35, 40; 21:34–36](#)).¹

18.2 EL ESTADO INTERMEDIO DE LA MUERTE

La muerte no traerá un final a nuestra esperanza, porque se nos ha asegurado que “los muertos en Cristo resucitarán primero” cuando Él regrese ([1 Tesalonicenses 4:16](#)). Los que hayan fallecido no se perderán nada de la gloria del Arrebatamiento, ni de ese encuentro en los aires prometido ([4:17](#)). Sin embargo, la Biblia no nos dice todo lo que nosotros quisiéramos saber acerca del estado en que existiremos entre la muerte y la resurrección. Está más preocupada por que miremos al futuro, a la herencia y a la plenitud que serán nuestras cuando Jesús venga de nuevo.

18.2.1 Enseñanzas del Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento muestra con gran claridad que Dios es la fuente de toda vida, y que la muerte está en el mundo como consecuencia del pecado ([Génesis 1:20–27; 2:7, 22; 3:22–23](#)). Sin embargo, la mayor parte de los israelitas miraban la vida con una actitud positiva ([Salmo 128:5–6](#)).² El suicidio era algo extremadamente raro, y la vida larga era

considerada una bendición de Dios ([Salmo 91:16](#)). La muerte traía angustia, expresada por lo general con fuertes gemidos y con una profunda aflicción ([Mateo 9:23](#); [Lucas 8:52](#)).

Las costumbres funerales de los israelitas eran diferentes a las de los pueblos que los rodeaban. Las tumbas de los faraones egipcios estaban llenas de muebles y de muchas otras cosas destinadas a ayudarlos a mantener su categoría social en el más allá. Los cananeos incluían una lámpara, un cántaro de aceite y un cántaro con comida en cada enterramiento.³ Normalmente, los israelitas no hacían esto. El cuerpo, envuelto en lienzos, generalmente ungido con especias, era colocado sencillamente en una tumba o enterrado en una sepultura. Sin embargo, esto no significa que no creyeran en otra vida. Hablaban de que el espíritu iba a un lugar llamado *She'ol* en hebreo, o algunas veces, de ir ante la presencia de Dios.

Puesto que los términos *She'ol*, “muerte” (heb. *mavet*), “tumba” (heb. *qever*), “abismo” (heb. *bor*) y “destrucción” (heb. *'abaddón*, o “Abadón”) son paralelos algunas veces (por ejemplo, [Salmo 30:3](#)), algunos afirman que tanto *She'ol* como “abismo” se refieren siempre a la tumba.¹ Sin embargo, la Biblia señala que las personas siguen teniendo algún tipo de existencia en el *She'ol* ([Isaías 14:9-10](#)). Otros consideran que el *She'ol* es el lugar de la otra vida, y afirman que nunca se refiere a la tumba.²

Hay tres pasajes que se citan con frecuencia para probar que el *She'ol* es la tumba. El [Salmo 6:5](#) dice: “Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?” Sin embargo, el recordar es paralelo al alabar. La misma palabra (“recordar”) es utilizada para hablar del uso solemne del nombre de Dios en medio del pueblo ([Éxodo 3:15](#)). Habla de un recuerdo activo aquí en la tierra, que termina al fallecer la persona. Por consiguiente, cuando el espíritu va al *She'ol*, cesan la alabanza y el testimonio que daba esa persona a los demás en la tierra.³ Desde el punto de vista de los que están en la tierra, se piensa en la muerte como en un silencio ([Salmo 115:17](#)). Sin embargo, el salmista dice más adelante: “Pero nosotros bendeciremos a JAH desde ahora y para siempre” ([Salmo 115:18](#)), lo cual implica una esperanza mejor y, ciertamente, no desecha la posibilidad de alabar al Señor en la otra vida.

Ezequías dice en su oración: “A ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados. Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad” ([Isaías 38:17-18](#)). Nuevamente, lo que le interesa a Ezequías es su testimonio y las consecuencias de éste en medio

del pueblo. Dios había perdonado sus pecados, lo cual lo había salvado de descender al lugar del castigo. Ahora que estaba sanado, quería ver la fidelidad de Dios, y así lo hizo, por quince años adicionales ([Isaías 38:5](#)).

En realidad, con frecuencia se describe al *She'ol* como un lugar en las profundidades que contrasta con las alturas de los cielos ([Job 11:8](#); [Salmo 139:8](#); [Amós 9:2](#)). El contexto se refiere a menudo a la furia o ira de Dios ([Job 14:13](#); [Salmos 6:1, 5](#); [88:3, 7](#); [89:46, 48](#)), y algunas veces tanto a la ira como al fuego ([Deuteronomio 32:22](#)). En algunos casos, la referencia es breve, y parece que se lo considera sencillamente como el lugar o el estado de los muertos. En él, los muertos son llamados *refaím*, lo que nosotros llamaríamos “fantasmas” ([Isaías 14:9](#); [26:14](#)). Otros pasajes se refieren a algunos de los muertos, llamándolos *'elohim*, en el sentido de “seres espirituales poderosos” ([1 Samuel 28:13](#)).¹ Sin embargo, con mucha frecuencia se ve con claridad que el *She'ol* es el lugar para los malvados y todas “las naciones que olviden a Dios” ([Salmo 9:17](#); véanse [Salmos 39:12–13](#); [55:15](#); [88:11–12](#); [Proverbios 7:27](#); [9:18](#); [Isaías 38:18](#)).² Donde el Nuevo Testamento cita pasajes del Antiguo Testamento que mencionan el *She'ol*, traduce la palabra como *Hades*, al cual ve, no como el indeterminado lugar del que hablaban los paganos griegos, sino como un lugar de castigo.³

En vista de esto, es importante observar que el Antiguo Testamento no enseña que todos vayan al *She'ol*. Es cierto que Job habló de la muerte como una *bet mo'ed*, una “casa de reunión” para todos los vivientes ([Job 30:23](#)), pero sólo se estaba refiriendo al hecho de que todos los humanos mueren; no estaba afirmando que todos vayan al mismo lugar después de la muerte.

Al menos algunos santos del Antiguo Testamento tuvieron una esperanza mejor. Enoc y Elías fueron llevados al cielo directamente ([Génesis 5:24](#); [2 Reyes 2:11](#)). Cuando David sintió la ira de Dios por causa de su pecado, clamó pidiendo misericordia a fin de escapar del *She'ol*. En cambio, cuando se levantó su fe, su esperanza fue “morar en la casa de Jehová por largos días” ([Salmo 23:6](#); véanse [Salmos 16:11](#); [17:15](#)). El [Salmo 49:15](#), a diferencia de los malvados, que van camino al *She'ol*, dice: “Pero Dios redimirá mi vida del poder del Seol, porque él me tomará consigo.” Es decir, se personifica al *She'ol* y se le describe como tratando de atraparlo y bajarlo hasta el lugar del castigo, pero Dios lo rescata, de manera que escape y no tenga que ir nunca al *She'ol*. El salmista Asaf escribió: “Me has guiado según tu consejo”; esto es, mientras estaba en la tierra, “y después me recibirás en gloria”; esto es, en el cielo ([Salmo 73:24](#)).⁴ Salomón también declaró que “el camino de la vida es hacia

arriba al entendido, para apartarse del Seol abajo” ([Proverbios 15:24](#)). El mensaje de Dios a Balaam le hizo reconocer que la muerte del justo es mejor que la muerte del malvado ([Números 23:10](#)).

Posiblemente porque Jacob habló de descender al *She'ol* mientras lloraba a su hijo (José), los judíos de tiempos posteriores, que los consideraban a ambos como justos, llegaron a la idea de que había divisiones en el *She'ol*: un lugar para los justos, y otro para los malvados ([Enoc 22:1–14](#)).¹ Sin embargo, Jacob se negó en aquellos momentos a que lo consolasen, pensando sin duda que tanto él como José se hallaban bajo el juicio de Dios de alguna forma. No se dice que Jacob haya buscado al Señor de nuevo hasta que recibió la noticia de que José estaba vivo ([Génesis 45:28–46:1](#)); es probable que considerase el *She'ol* como un lugar de castigo. En realidad, ningún pasaje del Antiguo Testamento exige con claridad que dividamos el *She'ol* en dos compartimentos, uno de castigo y otro de bendición.

Hay otra frase que parece indicar que los santos del Antiguo Testamento esperaban otra vida después de la muerte. Dios le dijo a Moisés lo que sucedería después de que subiese a la montaña y contemplase la Tierra Prometida: “Y después que la hayas visto, tú también serás reunido a tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón” ([Números 27:13](#)). Sin embargo, Aarón fue enterrado en el monte Hor, y nadie sabe dónde enterró Dios a Moisés ([Deuteronomio 34:5–6](#)). Por consiguiente, es prácticamente imposible que la expresión “reunido a tu pueblo” se refiera a la sepultura.

18.2.2 Enseñanzas del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento resalta más la resurrección del cuerpo, que lo que sucede inmediatamente después de la muerte. Ésta sigue siendo una enemiga,² pero ya no hay necesidad de temerle ([1 Corintios 15:55–57](#); [Hebreos 2:15](#)). Para el creyente, el vivir es Cristo y el morir es ganancia; es decir, morir significa más de Cristo ([Filipenses 1:21](#)). Así, morir e ir para estar con Cristo es muchísimo mejor que quedarse en el cuerpo actual, aunque debemos permanecer mientras Dios vea que es necesario ([Filipenses 1:23–24](#)). Entonces la muerte nos traerá un descanso de nuestras labores terrenales (esto es, un cese de ellas) y de nuestros sufrimientos, y una entrada en la gloria ([2 Corintios 4:17](#); véanse [2 Pedro 1:10–11](#); [Apocalipsis 14:13](#)).

Jesús describe en [Lucas 16](#), sin mencionar su nombre, a un hombre rico³ que vestía como un rey y disfrutaba a diario de un banquete

completo, en el que incluso había espectáculos. Yacía junto a la puerta de su casa un mendigo llamado Lázaro, cubierto de llagas, que quería las sobras de comida que se barrían del piso para echarlas a los perros callejeros. Estos animales de basurero, inmundos según la ley, le lamían las llagas, haciéndolo inmundo. Lázaro sólo tenía una cosa a su favor: su nombre,¹ que significa “Dios es mi ayuda”, e indica que, a pesar de todo, mantenía viva su fe en Dios. Al llegar la muerte, los ángeles se lo llevaron junto a Abraham² que, ciertamente, era un lugar de bendición, puesto que allí recibió consuelo. El hombre rico se encontró después de su muerte en agonía entre las llamas del Hades. Cuando miró hacia arriba, esto es, al cielo (véase [Lucas 18:13](#)), vio a Abraham y Lázaro “lejos”, pero era muy tarde para que recibiese ayuda, porque Abraham le dijo: “Una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá.” En otras palabras, después de la muerte no se puede cambiar el destino de los malvados, ni el de los justos.³ Algunos consideran que este relato es una parábola, puesto que sigue a una serie de parábolas, pero incluso en sus parábolas, Jesús nunca dijo nada que fuera contrario a la verdad.⁴

El anhelo del apóstol Pablo no era estar con Abraham, sino con el Señor. Él afirmaba que tan pronto estuviera lejos del cuerpo (por la muerte), estaría presente con el Señor ([2 Corintios 5:6–9](#); [Filipenses 1:23](#)). Ésta fue la promesa que le hizo Jesús al ladrón que agonizaba en la cruz: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” ([Lucas 23:43](#)).⁵ Pablo fue arrebatado en una visión al tercer cielo, que él también llama paraíso ([2 Corintios 12:1–5](#)).⁶ Jesús habla de él, describiéndolo como un lugar preparado donde hay mucho lugar ([Juan 14:2](#)). Es un lugar de gozo, de comunión con Cristo y con los demás creyentes, y resuena con la adoración y el canto ([Apocalipsis 4:10–11](#); [5:8–14](#); [14:2–3](#); [15:2–4](#)).⁷

Debido a que Pablo anhelaba llegar a tener el cuerpo resucitado que será inmortal y no estará sujeto a la muerte ni a la decrepitud, y porque parece rechazar la idea de ser un espíritu desnudo ([2 Corintios 5:3–4](#)), algunos enseñan que en el estado intermedio entre la muerte y la resurrección, los creyentes serán espíritus sin cuerpo que, no obstante, tendrán el consuelo de estar con Cristo. Otros enseñan que al llega la muerte, los creyentes reciben un cuerpo “celestial” temporal, observando que Moisés y Elías aparecieron en el monte de la transfiguración con algún tipo de cuerpo, y que se les dieron túnicas blancas a las almas de los mártires en el cielo ([Lucas 9:30–32](#); [Apocalipsis 6:9–11](#)). Sin embargo, está claro que la resurrección del cuerpo se producirá cuando Cristo venga por su Iglesia ([Filipenses 3:20–21](#); [1 Tesalonicenses 4:16–17](#)).¹

18.2.3 Otros conceptos sobre el más allá

Debido a que Jesús dijo de Lázaro y de la hija de Jairo que “dormían”, y a que Pablo se refirió a la muerte, llamándola “sueño” (1 Corintios 15:6, 18, 20; 1 Tesalonicenses 4:13–15), hay quienes han desarrollado una teoría llamada “del sueño del alma”. Con esto quieren decir que el alma o el espíritu no se halla simplemente en un estado de estupor después de la muerte, sino que toda la persona está muerta, y el alma o espíritu deja de existir hasta que es recreada en la resurrección. Sin embargo, Moisés y Elías sabían en el monte de la transfiguración lo que estaba sucediendo, y hablaron con Jesús “de su partida [gr. *éxodos*, término que incluye su muerte, resurrección y ascensión], que iba Jesús a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). Además, comprendían que aquello tenía importancia para ellos también. Pablo entendía que él sería capaz de sentir si era un espíritu desnudo, o no. Por consiguiente, el término “sueño” sólo se puede aplicar al cuerpo.²

Otros suponen que después de la muerte, la persona no deja de existir, sino que se halla en un estado de estupor. Ciertamente, ni Lázaro, ni Abraham, ni el hombre rico, estaban inconscientes, o en un estado de estupor. Sabían lo que estaba sucediendo, y Lázaro era “consolado” (Lucas 16:25).

Los católicos romanos enseñan que todos, con la excepción de ciertos santos especiales y mártires,¹ deben pasar por el purgatorio (un estado, más que un lugar) para prepararse a entrar al cielo.² La doctrina demostró ser provechosa para la iglesia romana, pero hizo que Dios pareciera manifestar favoritismo con los ricos, cuyos parientes podían pagar misas fácilmente para sacarlos del purgatorio con rapidez.

Algunos católicos romanos conjeturaban también sobre la existencia de un estado llamado “limbo”, para los infantes sin bautizar, y otro para los santos del Antiguo Testamento, donde éstos habrían sufrido un castigo temporal hasta la muerte de Jesús. Entonces, el alma de Jesús descendió a este último limbo “para presentarles la visión beatífica de Dios”, y desde su ascensión, han estado en el cielo. El limbo (para los infantes) es “rechazado generalmente ahora” a favor de la idea de que a los infantes y a los fuertemente retrasados, después de su muerte, se les presentará la oferta divina de vida eterna, y se les permitirá aceptarla o rechazarla.³

El espiritismo (o espiritualismo) enseña que los médiums se pueden comunicar con los muertos, y que los espíritus de los muertos permanecen en las proximidades de la tierra. G. W. Butterworth explica: “Hay una

insistencia casi universal en que el mundo supraterrrestre está compuesto por siete u ocho esferas, cada una de ellas algo más alta que su predecesora.”⁴ Esto es contrario a la afirmación de que, al morir, el creyente pasa a estar “presente con el Señor”.

Una serie de religiones orientales, debido a su concepto cíclico de la historia, enseñan la reencarnación. Al morir, la persona recibe una identidad nueva, y nace a otra vida como animal, ser humano, o incluso un dios. Sostienen que las acciones de la persona generan una fuerza, el *karma*, que exige la transmigración y decide el destino de la persona en su próxima existencia.¹ Sin embargo, la Biblia dice con claridad que hoy es el día de salvación (2 Corintios 6:2). No nos podemos salvar a nosotros mismos por medio de nuestras buenas obras. Dios nos ha proporcionado una salvación plena por medio de Jesucristo, que expía nuestro pecado y cancela nuestra culpabilidad. No necesitamos de otra vida para tratar de resolver los pecados y errores de ésta, o de otras supuestas existencias anteriores. Además, “de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:27–28).

También está claro que cuando aparecieron Moisés y Elías en el monte de la transfiguración, aún eran Moisés y Elías. Jesucristo también retuvo su identidad después de su muerte y “este mismo Jesús”, y no una reencarnación, es el que regresará a la tierra (Hechos 1:11).

18.3 LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

A los seguidores de Jesús que lo vieron ascender a los cielos se les aseguró que Él regresaría (Hechos 1:11). Después, cuando llegó el evangelio a los gentiles “en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre”, se convirtieron en gran número “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:5, 9–10). Aunque muchos sufrieron persecución, creían que “si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12). Entonces, las visiones de Juan en la isla de Patmos (recogidas en el Apocalipsis), presentaron una descripción de la victoria final de Cristo y añadieron la seguridad de un reinado milenial antes del último juicio y los cielos nuevos y tierra nueva profetizados por Isaías (65:17; 66:22). Los conceptos premilenaristas se extendieron así con rapidez desde el Asia Menor.²

Hasta mediados del segundo siglo, la mayor parte de los cristianos se mantenían en la esperanza de que Cristo regresaría y ellos reinarían con Él durante mil años. Fue entonces cuando la preocupación por la Cristología apartó su atención de la esperanza futura. Orígenes (alrededor de 185–254), bajo la influencia de la filosofía griega, popularizó un método alegórico que llevaba a espiritualizar el reino futuro. Ya en el quinto siglo, el reino de Dios y la iglesia jerárquica eran identificados entre sí, y era la iglesia la que emitía todos los juicios; como consecuencia, se dejó de insistir en el reino futuro y en los juicios finales. Más tarde, a fines de la Edad Media, la iglesia romana creyó que era ella la que estaba edificando la ciudad eterna de Dios aquí en la tierra. La mayoría cerraban los ojos a la desenfadada maldad prevalente, y no daban evidencias de creer que Dios tuviese un plan, o de que Él fuese a establecer el reino futuro por medio de una actuación suya propia. Sólo muy de vez en cuando se reavivaba la creencia en un milenio futuro, generalmente en protesta contra la autoridad jerárquica.¹

La Reforma trajo consigo una nueva insistencia en la autoridad de la Biblia y la actividad de Dios en la historia. Sin embargo, con respecto a los acontecimientos finales, la atención se centró en la glorificación de los creyentes, y apenas se mencionaban la consumación de estos tiempos y el estado final.²

En la Inglaterra del siglo diecisiete, la creencia en un milenio se hizo más popular, sobre todo entre los puritanos discipulados por Joseph Meade, aunque muchos creían aún que el milenio ya se había cumplido en la historia de la Iglesia. Sin embargo, aquéllos que sí predicaban la segunda venida de Cristo para inaugurar el milenio, dañaron su causa al ponerse a hacer cálculos que fijaban su regreso entre 1640 y 1660.³

En los comienzos del siglo dieciocho, Daniel Whitby popularizó el concepto de que Cristo no volvería hasta que pasara un milenio de progreso que llegaría al mundo bajo la autoridad del evangelio.⁴ Este punto de vista se convirtió en dominante en los Estados Unidos durante el siglo diecinueve, y encajó bien dentro de las filosofías del progreso automático, en boga en aquellos tiempos. Sin embargo, a fines de siglo, las conferencias bíblicas de verano estaban extendiendo el de nuevo la esperanza en un milenio futuro. Con esto vino la extensión del dispensacionalismo, cuya interpretación literal de las profecías hace un contraste extremo con las interpretaciones figurativas de los postmilenaristas y amilenaristas, así como las de los liberales y los existencialistas.¹

Los liberales, que en realidad eran antisobrenaturalistas, bajo el influjo de los filósofos Kant, Ritschl, Hegel y Schliermacher, borraron toda intervención divina futura del evangelio social que predicaban.² Para ellos, el reino de Dios era algo que los seres humanos podían crear con su propia sabiduría, sin ayuda alguna de lo alto.

Este antisobrenaturalismo alcanzó su nivel máximo con Albert Schweitzer y Rudolf Bultmann. Schweitzer despojó de todo a la presentación bíblica de Jesús, hasta hacerlo un simple hombre que había pensado equivocadamente que vendría el fin en sus propios tiempos. Se tomó “asombrosas libertades con las evidencias históricas”. Lo mismo hizo Bultmann cuando desechó los milagros de la Biblia, se interesó solamente en la existencia presente, rechazó el concepto lineal de la historia que presenta la Biblia, y trató la esperanza bíblica como simple especulación humana.³

También el existencialismo de Europa, al centrarse en lo humano, ignoró “las dimensiones cósmicas de las Escrituras” y proporcionó un escape de toda preocupación por el pasado o el futuro. Entre ellos, los neo-ortodoxos trataron de recuperar las doctrinas ortodoxas, al mismo tiempo que trataban la Biblia como un simple escrito humano. En Inglaterra, C. H. Dodd popularizó la idea de que el reino de Dios había venido en su plenitud “de una vez por todas” en el ministerio de Jesús, y que los escritores del Nuevo Testamento entendieron mal sus enseñanzas, y desarrollaron la expectación con respecto a un regreso suyo. Una modificación, llamada “escatología inaugurada” por R. P. Fuller, enseñaba que Jesús había visto en el pasado la venida del reino; de hecho, con esta explicación estaba desechando los textos del Nuevo Testamento que mostraban que Él esperaba un reino futuro.¹

Ha habido varias reacciones a las ideas de Bultmann. Una de las más prominentes ha sido la teología de la esperanza de Jurgen Moltmann. Éste insiste en que “el cristianismo ... es esperanza; es mirar adelante y marchar hacia delante, y por tanto, revolucionar y transformar también el presente”.² Esto, junto con la teología política del católico romano John Baptist Metz, inspiró el desarrollo de la teología de la liberación, que ve el reino de Dios como una metáfora y trata de hacer cambios radicales, tanto políticos como sociales, en el presente.³ Aunque los cristianos tienen la responsabilidad de hacer cuanto puedan por los demás a base de sacrificios, no hay bases bíblicas para que los creyentes del Nuevo Testamento se comprometan con los cambios políticos por medio de la revolución armada. El reino milenial no llegará por medio del esfuerzo humano. La Biblia enseña que nuestra única esperanza es que Dios

intervenga, traiga juicio sobre el sistema mundial del presente y envíe a Jesús de vuelta a la tierra para establecer su dominio y hacer eterno el trono de David.

La realidad de que Jesús va a regresar a la tierra aparece con claridad en las Escrituras. Los evangélicos en general aceptan [Hechos 1:11](#) como un texto que nos da la certeza de que Él regresará de una manera visible y personal. Sin embargo, han surgido diversas teorías que tratan de presentar explicaciones que den al traste con esta idea. Algunos dicen que Cristo volvió en la persona del Espíritu Santo el día de Pentecostés. Sin embargo, fue el Cristo exaltado quien derramó al Espíritu en aquel momento ([Hechos 2:32–33](#)). Otros dicen que la segunda venida de Cristo tiene lugar cuando Él entra al corazón del creyente en el momento de la conversión (se suele citar [Apocalipsis 3:20](#)); pero las Escrituras enseñan que quienes lo reciben, esperan su venida ([Filipenses 3:20](#); [1 Tesalonicenses 1:10](#)).¹ Otros hay que dicen que su venida queda cumplida cuando Él viene en busca del creyente al fallecer éste. Sin embargo, tanto los muertos como los vivos serán “arrebataados juntos” al aparecer Él ([1 Tesalonicenses 4:17](#)). Los testigos de Jehová dicen que regresó de manera invisible en 1874 ó 1914. Otros dicen que regresó de manera invisible en juicio cuando fue destruida Jerusalén en el año 70.

También hay quienes toman fuera de contexto “la manifestación de los hijos de Dios” ([Romanos 8:19](#)) y se proclaman los hijos manifestados. Dicen que la segunda venida de Cristo se cumple en ellos, que son sus hijos que ya han madurado, y que están madurando a la Iglesia para que se apodere de los reinos de este mundo. Rechazan el arrebatamiento y proclaman que ellos lo están cumpliendo al ser “arrebataados” hasta la madurez espiritual. También proclaman que son ya la nueva Jerusalén, y que son también las “nubes” de poder y gloria en las que Cristo está apareciendo ahora, y por medio de las cuales, reinará sobre la tierra.² Un grupo similar se da el nombre de “teonomista” y quiere traer el reino a base de poner al mundo entero bajo la ley de Dios, en concreto, algunas leyes de Moisés, o todas ellas, aunque les tome veinte mil años. Estos grupos se toman grandes libertades, al espiritualizar declaraciones claras y llanas de la Biblia, y se olvidan de que aún no tenemos lo que esperamos, pero “con paciencia lo aguardamos” ([Romanos 8:25](#)). El regreso personal de Jesucristo a la tierra es la única forma en que recibiremos la plenitud de la esperanza que aguardamos.

18.3.1 Puntos de vista sobre el Apocalipsis

Entre los que creen en la Biblia hay una considerable variedad en cuanto a la interpretación de la secuencia de los acontecimientos durante los últimos tiempos. En parte, esta variedad procede de la interpretación del Apocalipsis como un todo; en parte, de la interpretación del capítulo 20 del libro, y en parte de si la hermenéutica utilizada tiende a interpretar la Biblia de manera más literal o más simbólica.

El punto de vista historicista sobre el Apocalipsis trata de relacionar los sucesos que aparecen en el libro con la historia de la Iglesia desde el primer siglo hasta el presente, centrandó la atención en cosas como el surgimiento del papado y las invasiones de los musulmanes. Esto evita la idea de una gran tribulación al final de esta era. Una debilidad de este punto de vista es la tendencia a reajustar en cada generación toda la interpretación para tratar de hacer que sea aceptada en sus propios días.

El concepto preterista¹ sobre el libro lo trata de relacionar todo, con la excepción del fin mismo, a los sucesos del primer siglo, y con Roma y los primeros emperadores como los únicos personajes principales. Sin embargo, las identificaciones resultan muy subjetivas y precarias y, decididamente, los sucesos del libro están relacionados con los últimos tiempos y con el regreso de Cristo en gloria.

El concepto idealista² no hace identificación alguna con nada histórico. Toma los símbolos y figuras del libro como simples representantes de la continua lucha entre el bien y el mal. Sin embargo, aunque es cierto que el libro tiene muchas figuras simbólicas, todas ellas representan realidades. Al anticristo se le llama “bestia”, pero será una persona real, y cumplirá lo que se afirma llanamente en otras profecías (como [2 Tesalonicenses 2:3-12](#)). Jesús debe venir personalmente para causar el triunfo final.

El concepto futurista del libro espera que todo, casi todo lo que está después del capítulo 4 se cumpla en un breve período al final de la Era de la Iglesia; un período de gran tribulación, ira y juicio que culminará con el regreso de Cristo en gloria para destruir los ejércitos del anticristo y establecer su reinado milenial.³

La mayoría de los premilenaristas, tanto dispensacionalistas como no dispensacionalistas, identifican la Tribulación con la septuagésima semana (período de siete años) de [Daniel 9:27](#). Después que “se quite la vida” al Mesías, “el Ungido” ([Daniel 9:26](#)), “el pueblo de un príncipe que ha de venir” destruirá la ciudad de Jerusalén y el templo. Esto se cumplió en el año 70 d.C., y el pueblo fue el romano. Después habla de un gobernante que vendrá y hará un pacto con Israel, que él mismo quebrantará al cabo

de tres años y medio, declarándose Dios y prohibiendo que se adore al Señor (véase [2 Tesalonicenses 2:4](#)).

Hay quienes suponen que la septuagésima semana transcurrió inmediatamente después de la muerte de Jesús. Sin embargo, en aquellos tiempos los romanos no hicieron pacto alguno con Israel. Tampoco lo hizo Tito en el año 70. Tampoco se cumplieron todas las señales que dio Jesús en la destrucción de aquel año. El Antiguo Testamento salta con frecuencia por encima de toda la Era de la Iglesia en las profecías. (Compárese [Zacarías 9:9–10](#), donde el versículo 9 se refiere a la primera venida de Cristo, pero el final del versículo 10 salta hasta su segunda venida, sin mostrar el tiempo transcurrido entre ambas). Por tanto, no es contrario a una sana exégesis el ver la septuagésima semana de Daniel como situada en el futuro.¹

En [Apocalipsis 20:1–7](#) se menciona repetidamente un período de mil años, el milenio.² Los amilenaristas³ enseñan que no habrá un milenio; al menos, en la tierra. Algunos toman un punto de vista idealista y dicen que no habrá un milenio literal en absoluto. Otros consideran que los mil años transcurren en el cielo durante la Era de la Iglesia.⁴ La mayoría toman el número mil como un número ideal que representa un período indefinido. Esperan que la Era de la Iglesia termine con una resurrección general y un juicio general, tanto para los justos como para los malvados al mismo tiempo, seguido de inmediato por el reino eterno de los nuevos cielos y la nueva tierra. Con respecto al Apocalipsis en su totalidad, muchos son preteristas. Puesto que en su sistema no tienen lugar para una restauración literal de Israel, o para el reinado de Cristo en la tierra, toman las profecías del Antiguo Testamento que se refieren a Israel, las espiritualizan y se las aplican a la Iglesia. No obstante, es muy claro, por ejemplo, en [Ezequiel 36](#), que Dios restaurará a Israel por causa de su santo nombre, a pesar de lo que ellos hayan hecho.⁵

Los postmilenaristas tratan los mil años del milenio como una extensión de la Era de la Iglesia en la cual, por el poder del evangelio, el mundo entero será ganado para Cristo.¹ Como los amilenaristas, muchos postmilenaristas son preteristas, y enseñan todos que habrá un juicio general, tanto para justos como para malvados, seguido por el reino eterno de los cielos nuevos y la tierra nueva.² También espiritualizan las profecías del Antiguo Testamento, y no tienen lugar en su sistema para una restauración de la nación de Israel, o un reinado literal de Cristo sobre la tierra. Aunque algunos aceptarán que habrá un resurgimiento del mal inmediatamente antes de que Cristo regrese de una manera “cataclísmica”,³ la mayoría buscan una gran extensión del evangelio que

acercará el regreso de Cristo. Sin embargo, no tienen en consideración el hecho de que los profetas del Antiguo Testamento (y el mismo Jesús) insisten en que el reino deberá ser traído por medio del juicio ([Sofonías 3:8–9](#); [Mateo 24:29–30](#)). Por ejemplo, la estatua de [Daniel 2](#) representa el sistema mundial actual. La roca que representa al reino de Cristo no penetra en la estatua para transformarla. La golpea en los pies (que representan el sistema mundial al final de esta era) y la hace polvo con un solo golpe. Sólo entonces establece Dios ese reino suyo, de tal manera que llene toda la tierra ([Daniel 2:44](#)).

Hay un grupo de variantes modernas del postmilenarismo, que reciben nombres como “el reino ahora” y “teología del dominio”. Enseñan que esta era presente es el reino de Dios, y que los cristianos deben usar el poder de Dios para llevarlo hasta su realización plena a base de convertirse en una Iglesia madura, algo que “habría podido suceder hace miles de años, si la Iglesia de aquellos días hubiese alcanzado la madurez necesaria”. Creen que Cristo regresará a un mundo donde la Iglesia se ha hecho con el dominio “sobre todo aspecto dentro del marco social”. La Iglesia debe recuperar su control sobre todos los reinos de este mundo. Algunos dicen que la Iglesia debe derrocar todo dominio que se oponga a Dios. Aun la muerte deberá estar “totalmente vencida antes del regreso de Jesús.”⁴ Olvidan que el trigo y la cizaña existirán juntos a lo largo de toda esta era, hasta que Dios envíe a sus ángeles para que recojan la cosecha ([Mateo 13:36–43](#)). Muchos no creen en la doctrina del Arrebatamiento y, en lugar de esto, buscan la victoria y el dominio mientras establecen el reino de Dios en la tierra. La mayor parte son preteristas y creen que la gran tribulación tuvo lugar en el primer siglo. También creen que “el Israel étnico fue excomulgado por su apostasía” y “Cristo transfirió las bendiciones del reino de Israel a un nuevo pueblo: la Iglesia”. Ignoran los numerosos pasajes de las Escrituras que indican que Dios tiene aún un propósito que cumplir con la nación de Israel en su plan.¹

Los premilenaristas toman las profecías del Antiguo Testamento, así como las de Jesús y del Nuevo Testamento, tan literalmente como lo permite su contexto. Reconocen que la forma más sencilla de interpretar estas profecías es situar el regreso de Cristo, la resurrección de los creyentes y el trono del juicio de Cristo, antes del milenio, después del cual Satanás será puesto en libertad temporalmente, para seguir a continuación con su derrota definitiva. Entonces vendrá el juicio del gran trono blanco para el resto de los muertos y, por último, el reino eterno de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Con respecto al Apocalipsis en su conjunto, muchos premilenaristas

del siglo diecinueve eran historicistas. Hoy en día, la mayoría son futuristas. No ven que el mundo vaya a mejorar durante esta era, y sienten lo importante que es exhortar al mundo para que huya de la ira que será derramada, al aceptar a Cristo como Salvador y Señor.² Con todo, no son pesimistas. Buscan con gozosa expectación la bienaventurada esperanza; el regreso de nuestro Señor.

18.3.2 Dos aspectos de la segunda venida de Cristo

La Biblia señala dos aspectos de la venida de Cristo. Por una parte, vendrá como el Conservador, Libertador o Rescatador “de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:10). “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9). Tenemos el deber de mantenernos espiritualmente despiertos, llevar una vida de autodomínio, equilibrio y sobriedad, y usar la armadura del evangelio de la fe, el amor y la esperanza de salvación: “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros” (1 Tesalonicenses 5:9–11).

Estos versículos de aliento se están refiriendo a la promesa expresada anteriormente de que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:16–18).

Sólo se tiene en cuenta aquí la resurrección de aquéllos que murieron “en Cristo”. Éstos son cambiados, revestidos de inmortalidad, “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos” (1 Corintios 15:52; véanse también los vv. 53–54), su cuerpo transformado “para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21). Entonces, aquellos creyentes que están vivos aún serán transformados y arrebatados junto con ellos en un Cuerpo. El único requisito para los creyentes muertos, y obviamente también para los vivos, es estar “en Cristo”; esto es, en una relación de fe en Él y fidelidad hacia Él.

“Arrebatados” (gr. *harpagésómeza*)¹ “Para recibir al Señor” (gr. *éis apántesin tú kyrú*) se puede traducir así: “para una reunión con el Señor”. “Reunión” era usado con frecuencia como término técnico para hablar de

cuando la gente de una ciudad iba a reunirse con los reyes o los generales a cierta distancia de la ciudad, para escoltarlos en su entrada a ella.² Es un uso paralelo al de *parusía*, “presencia”, “venida” del Señor (1 [Tesalonicenses 4:15](#)), vocablo que tiene categoría técnica cuando se refiere al regreso de Cristo, y es usado sobre todo para hablar del Arrebatamiento.³

Por otra parte, la justicia de Dios será reivindicada “cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo ... cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (2 [Tesalonicenses 1:7–8, 10](#)). Esto concuerda con otros pasajes que señalan que el reino deberá ser inaugurado por medio del juicio ([Daniel 2:34–35, 44–45](#); [Apocalipsis 19:11–16](#)).

La mayoría de los amilenaristas y postmilenaristas, si se refieren a la Segunda Venida, consideran que estos dos aspectos tienen lugar en conexión con un descenso de Cristo seguido por un juicio general.¹ Los premilenaristas que son historicistas están de acuerdo, porque no ven que vaya a haber un período especial de gran tribulación al final de la Era de la Iglesia.² Los premilenaristas que son futuristas sí reconocen una “gran tribulación” al final de esta era, pero se dividen en pretribulacionistas, midtribulacionistas y posttribulacionistas.

La mayoría de los posttribulacionistas interpretan que la ira de la que escaparemos (1 [Tesalonicenses 5:9](#)) es el estado final de los malvados; el lago de fuego. Sin embargo, el contexto es el del Arrebatamiento. Esperan que todos los creyentes vivos pasen por la gran tribulación. Algunos suponen que muchos de ellos se convertirán en mártires; otros suponen que Dios los protegerá de alguna manera especial, quizá semejante a la forma en que Dios protegió a los israelitas de las plagas de Egipto.³ Alegan al respecto que el Nuevo Testamento no promete que los creyentes vayan a escapar de la tribulación y el sufrimiento. Lo que no tienen en cuenta es que la Biblia usa la palabra “tribulación” para hablar de dos cosas diferentes. Algunas veces, la palabra se refiere al dolor, la persecución, los problemas, la presión y la angustia de corazón que las circunstancias externas le pueden traer a un cristiano cuando sirve al Señor en un mundo que rechaza a Cristo. Vemos este uso de la palabra cuando Pablo habla de “esta leve *tribulación* momentánea [que] produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 [Corintios 4:17](#)). Sin embargo, los juicios de la gran tribulación no se hallan en la misma categoría. Manifiestan la ira de Dios ([Apocalipsis 6:16](#); [15:1, 7](#);

16:1).

Los midtribulacionistas suelen considerar que la primera parte de la tribulación será pacífica, mientras el anticristo está estableciendo su dominio. La mayoría creen que el Arrebatamiento tendrá lugar al sonar la séptima trompeta del Apocalipsis ([Apocalipsis 11:15](#)), que ellos identifican con la trompeta final de [1 Corintios 15:52](#). Algunas veces hablan de un “Arrebatamiento previo a la ira” y consideran que los últimos tres años y medio del dominio del anticristo con el período de la ira. No obstante, la visión del sexto sello parece indicar que la ira se extiende a lo largo de los siete años ([Apocalipsis 6:17](#)).¹

Hay quienes enseñan un Arrebatamiento parcial, y que una parte de la Iglesia pasará por la tribulación. Otros enseñan que habrá varios Arrebatamientos.² Muchos de ellos dividen a la Iglesia en diversos grupos, como la esposa, los amigos del esposo, los siervos y los huéspedes. Sin embargo, en realidad, las parábolas de Jesús no tratan a estos grupos como divisiones separadas. Cada uno es un aspecto de la Iglesia verdadera. Pablo señala con claridad que todos los que han muerto en Cristo y todos los creyentes que queden serán tomados “juntos” en un Cuerpo al llegar el Arrebatamiento ([1 Tesalonicenses 4:16–17](#)).³

Los pretribulacionistas reconocen que el apóstol Pablo seguía teniendo presente el Arrebatamiento cuando dijo: “Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” ([1 Tesalonicenses 5:9](#)). El sacrificio de Cristo garantiza que, ya sea que muramos antes del Arrebatamiento, o que estemos vivos en ese momento, viviremos “juntamente con él” ([1 Tesalonicenses 5:10](#)), porque Él “nos libra de la ira venidera” ([1 Tesalonicenses 1:10](#)). Se utiliza el mismo verbo (gr. *romai*) para hablar del rescate de Lot “antes” de que cayese el juicio de Dios sobre Sodoma ([2 Pedro 2:7](#)). Algunos consideran que [Mateo 24:30–31](#) contradice esto; sin embargo, “entonces” (gr. *tóte*) tiene un sentido muy general. Jesús, al hablar de su venida, se refiere a un período de tiempo en el que se incluyen, tanto su venida para buscar a sus elegidos o escogidos (es decir, para buscar a los verdaderos creyentes), como su venida para que todo el mundo lo vea. Con todo, no se refiere a este período de una manera cronológica. Como los profetas del Antiguo Testamento, adelanta y retrocede, mencionando un aspecto de su venida, y después otro, no siempre en orden, y sin indicar el intervalo de tiempo que transcurrirá entre ellos. Sin embargo, el intervalo está presente.¹

El punto de vista pretribulacionista es el que mejor se ajusta a la esperanza futura que presenta la Biblia. A los creyentes, a quienes se les

dice repetidamente que vigilen y esperen al Hijo de Dios que vendrá del cielo (1 [Tesalonicenses 1:10](#)), no se les dice nunca “que vigilen en espera de la gran tribulación, o de la aparición del anticristo. Esperar que estas cosas deban suceder antes del Arrebatamiento, es destruir la enseñanza de inminencia, de la que está repleto el Nuevo Testamento”.² El hecho de que los pasajes que hablan del Arrebatamiento indiquen que Cristo vendrá a llevarse a los creyentes para que estén con Él (1 [Tesalonicenses 4:17](#)), mientras que otros pasajes hablan de que los creyentes estarán con Él cuando venga ([Colosenses 3:4](#); [Judas 14](#)), señala que es bíblico reconocer dos fases en la venida de Cristo. El hecho de que no estemos señalados para la ira indica que la gran tribulación tiene lugar entre estas dos fases de su venida.³

18.3.3 La tribulación

Después de declarar que el evangelio del reino, el evangelio del poder y el dominio de Dios, debe ser predicado a todas las naciones antes de que sea consumada esta era ([Mateo 24:14](#)), Jesús habló de “la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel” ([Mateo 24:15](#)). El cumplimiento inicial de esta profecía tuvo lugar en diciembre del año 167 a.C., cuando Antíoco Epífanes puso un altar pagano en el altar de los holocaustos y consagró el templo de Jerusalén al dios griego Zeus.⁴ Sin embargo, tanto Daniel como Jesús vieron que habría un cumplimiento mayor. [Daniel 12:1](#) se adelanta en el tiempo a la época de la tribulación y la identifica como “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces”. Jesús también identifica el tiempo como una “gran tribulación” ([Mateo 24:21](#)). En el mundo actual hay muchos creyentes que ya están sufriendo tribulación, pero la gran tribulación vendrá marcada por la ira de Dios, más allá de cuanto el mundo ha conocido jamás, como lo indican los capítulos 6 al 18 del Apocalipsis. Este tiempo verá también levantarse a un dictador mundial, el anticristo.

18.3.4 El anticristo

El apóstol Pablo tuvo que enfrentarse a los falsos maestros que estaban enseñando que el día del Señor ya había venido (2 [Tesalonicenses 2:2](#), texto griego). Los tesalonicenses estaban perturbados y alarmados porque, al parecer, estos maestros negaban que el Señor fuese a regresar literalmente, y que nosotros nos fuésemos a reunir con Él en el Arrebatamiento (2:1). Evidentemente, ya no se estaban alentando unos a otros, como Pablo les había ordenado (1 [Tesalonicenses 4:18](#); [5:11](#)). Por eso, Pablo declaró que ese día no vendrá “sin que antes venga la

apostasía¹ y se manifieste el hombre de pecado,² el hijo de perdición” (2 [Tesalonicenses 2:3](#)). Es decir, la rebelión y la revelación del anticristo serían las primeras cosas que tendrían lugar en el día del Señor. Esto no sucedería hasta que “el misterio de la iniquidad” dejase de ser detenido (2 [Tesalonicenses 2:7](#)). Puesto que estas cosas no habían sucedido, ellos no estaban en el día del Señor, y aún podían darse ánimo los unos a los otros, con la esperanza segura de que serían arrebatados para reunirse con el Señor en los aires.

El nombre de “anticristo” procede de las cartas de Juan, donde éste indica que el anticristo vendrá con toda certeza. Sin embargo, sus lectores necesitaban preocuparse por los muchos anticristos (que afirmaban falsamente que eran “ungidos”) y, además, del espíritu del anticristo, que ya estaba obrando (1 [Juan 2:18–19, 22; 4:2; 2 Juan 7](#)). Por otra parte, el anticristo definitivo está condenado a la destrucción, y su tiempo será comparativamente corto.³

Puesto que “se opondrá y se levantará contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto”, podemos deducir que el “anti” significa aquí “contra”. Sin embargo, el prefijo griego *anti* suele significar “en lugar de” o “sustituyendo a”.⁴ “Se sentará en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 [Tesalonicenses 2:4](#)). Es decir, que el anticristo no se dará a sí mismo ese apelativo. Será el más logrado de todos los cristos falsificados, y probablemente afirmará ser el Cristo real, y el Dios verdadero (véase [Mateo 24:4, 23–24](#)).

Su venida será “por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden” (2 [Tesalonicenses 2:9–10](#)).¹ Esta descripción se ajusta a la del gobernador del mundo que hace el pacto con Israel y más tarde lo quebranta ([Daniel 9:27](#)), y también con la de la bestia, el blasfemo gobernador del mundo que recibe su poder de Satanás, quien habita en él, y cuyo falso profeta hace milagros falsificados ([Apocalipsis 13:1–17](#)).² A mediados de la tribulación, exigirá que todos reciban una marca en la mano derecha o en la frente; una marca, que es “el nombre de la bestia, o el número de su nombre” (v. 17).

Este número es identificado como el seiscientos sesenta y seis (v. 18), un número que ha hecho surgir toda suerte de especulaciones, pero “es número de hombre [de ser humano]”, y así se identifica de cierta forma con el hecho de que el anticristo proclama que él es Dios, pero en realidad, sólo es un ser humano.³ Por este medio, logrará el control económico y se convertirá en el dictador del mundo entero. Sin embargo,

no podrá evitar la caída del sistema mundial babilónico, ni el derrumbe económico total ([Apocalipsis 18:1–24](#)). Entonces, al final de la tribulación, guiará a los ejércitos de muchas naciones, ejércitos reunidos por Satanás, al Armagedón. Es en ese momento cuando Jesús lo “matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida” ([2 Tesalonicenses 2:8](#)). [Daniel 2:34–35, 44–45](#) y [Apocalipsis 19:11–21](#) describen esto de una manera poderosa. Su destino final es “el lago de fuego que arde con azufre” ([Apocalipsis 19:20](#)).

18.3.5 Las bodas del Cordero

Cuando aparezca Jesús para destruir al anticristo y a sus ejércitos, los ejércitos de los cielos le seguirán, cabalgando sobre caballos blancos (símbolos del triunfo) y “vestidos de lino finísimo, blanco y limpio” ([Apocalipsis 19:14](#)). Esto los identifica con la esposa del Cordero (la Iglesia),⁴ que participa del banquete de bodas del Cordero ([Apocalipsis 19:7–9](#)). Es decir, ya han estado en el cielo; ya están plenamente revestidos con “las acciones justas de los santos” (v. 8). Esto indica también que esos actos han acabado y que los creyentes han sido resucitados, transformados y llevados al cielo. También indicaría que ya han aparecido ante el trono del juicio de Cristo ([2 Corintios 5:10](#)). ¡Qué momento de gozo y deleite será ese banquete de bodas!

18.3.6 El milenio

En [Apocalipsis 20:1–3](#) y los versículos [7–10](#) se habla del juicio de Satanás. Este estará prisionero en el abismo durante mil años. El abismo será cerrado y sellado sobre él, de manera que no tendrá posibilidad de realizar actividad alguna en la tierra durante ese período. Entonces será puesto en libertad por corto tiempo, antes de su juicio eterno en el lago de fuego.

Mientras tanto, en [Apocalipsis 20:4–6](#) Biblia habla de los que son sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años. Este reino traerá consigo el cumplimiento de muchas profecías.¹

[Apocalipsis 20:4](#) se refiere a dos grupos de personas. El primero se sienta en el trono a juzgar (es decir, a “gobernar”, que éste es el sentido de la palabra con gran frecuencia en el Antiguo Testamento). El mensaje a todas las iglesias ([Apocalipsis 3:21–22](#)) indica que éstos son todos los creyentes de la Era de la Iglesia que han permanecido fieles, convirtiéndose en vencedores; esto es, ganadores, triunfadores ([Apocalipsis](#)

2:26–27; 3:21; véase también 1 Juan 5:4). Entre ellos, tal como lo prometió Jesús, están los doce apóstoles para juzgar (regir) a las doce tribus de Israel (Lucas 22:30), puesto que Israel, restaurado, purificado, lleno del Espíritu Santo de Dios, sin duda alguna ocupará toda la tierra prometida a Abraham (Génesis 15:18).²

Además de los vencedores procedentes de la Era de la Iglesia, Juan vio “almas”; esto es, personas vivas que habrán pasado por el martirio durante la tribulación (Apocalipsis 6:9–11; 12:15). Estos dos grupos son reunidos para reinar con Cristo durante los mil años. Este período será un tiempo de paz y bendición, en el que prevalecerá la justicia (Isaías 2:2–4; Miqueas 4:3–5; Zacarías 9:10). El Espíritu Santo realizará una obra de restauración. Hasta el mundo natural reflejará el orden, la perfección y la belleza que Dios quería que tuviese su creación.³ El mundo animal será transformado (Isaías 11:6–8; 35:25; Ezequiel 34:25). Sin embargo, aún habrá causa para el castigo y la muerte (Isaías 65:17–25). Esto significa que aún les será necesario tomar la decisión de seguir a Cristo en fe y obediencia a aquellos hijos que les nazcan durante el reinado milenial de Cristo en la tierra a los no creyentes que sobrevivieron a la tribulación.

En Apocalipsis 20:5 se hace una simple afirmación (aunque en forma de paréntesis) acerca de “los otros muertos”. Entre éstos se incluyen todos los que no estén en los dos grupos mencionados en el versículo 4. Es decir, este grupo incluye a todos los que han muerto en sus pecados, alejados de la gracia salvadora de Dios. Ellos no resucitarán hasta después del reinado milenial de Cristo.

“Ésta es la primera resurrección” (v. 5) significa que los mencionados en el versículo 4 completan la primera resurrección. Jesús habló de dos resurrecciones (Juan 5:29): la primera, la resurrección para vida de aquéllos que hayan hecho el bien que Dios quería que hiciesen, aceptando a Cristo y viviendo para Él; la segunda, la resurrección para juicio de aquéllos que han hecho el mal a través de su incredulidad. Sin embargo, de la misma manera que los profetas del Antiguo Testamento no indicaron la diferencia de tiempo entre la primera venida de Jesús y la segunda, tampoco Jesús indicó en Juan 5:29 la diferencia de tiempo entre las dos resurrecciones. Su propósito era animar a la gente a vivir para Dios, de manera que la diferencia de tiempo entre ambas no era pertinente para lo que estaba enseñando.

En 1 Corintios 15:20, 23 se nos muestra esto con mayor profundidad, cuando Pablo compara la primera resurrección con una cosecha. El Cristo resucitado es las “primicias” de la cosecha. La parte mayor de la cosecha

llega “en su debido orden” en el momento de su venida a encontrarse con nosotros en los aires.¹ Entonces, las espigaduras de la cosecha serán los martirizados durante la tribulación; así quedará terminada la primera resurrección para vida. La primera resurrección es llamada también “la resurrección de los justos” ([Lucas 14:14](#)). Se les identifica como bienaventurados ([Apocalipsis 20:6](#)) porque disfrutarán de la plenitud de las bendiciones de Dios. Son “santos”, es decir, consagrados a Dios y a su voluntad. Puesto que su resurrección es como la de Cristo, se levantan para no volver a morir. Por tanto, la “muerte segunda” (el lago de fuego) no tendrá poder sobre ellos.

18.3.7 Satanás es soltado

El Apocalipsis no da detalles sobre el milenio, probablemente porque las profecías anteriores son suficientes. Después de los mil años, se soltará a Satanás, probablemente para causar una reivindicación final a la justicia de Dios. Es decir, aunque la gente habrá disfrutado del maravilloso dominio de Cristo, es evidente que seguirá a Satanás en cuanto tenga oportunidad.¹ Esto nos demuestra que, tanto si saben cómo es el reinado de Cristo, como si no lo saben, los que no son salvos se rebelan. En justicia, Dios no puede hacer otra cosa más que separarlos para siempre de sus bendiciones. Satanás, el gran engañador, también se engaña a sí mismo y cree que aún puede derrotar a Dios, pero su intento final fracasará. Nunca más habrá una rebelión contra Dios y contra su amor.

18.3.8 Los juicios

A lo largo de toda la Biblia, Dios aparece como un Juez justo. Él fue quien trajo juicio, tanto sobre Israel, como sobre las naciones, en los tiempos antiguos. Al final de esta era, Él seguirá siendo el Juez justo, pero mediará ese juicio a través del Hijo, porque “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre” ([Juan 5:22–23](#); véase [2 Timoteo 4:8](#)).

El Arrebatamiento no es una simple “fuga”. Los creyentes estarán para siempre con el Señor. No obstante, todos, sin excepción serán sujetos a juicio cuando sean llevados ante su presencia ([Romanos 14:10–12](#); [1 Corintios 3:12–15](#); [2 Corintios 5:10](#)). El trono, o tribunal (gr. béma, [Romanos 14:10](#)) del juicio de Dios, es llamado también “el tribunal de Cristo” ([2 Corintios 5:10](#)). Allí, cada cual recibirá “según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno [gr. agazón, “espiritual y moralmente bueno, o útil ante los ojos de Dios”] o sea malo [gr. fáylos,

“sin valor, maligno; comprende el egoísmo, la envidia y la pereza”]” (2 Corintios 5:10).² Ninguna cosa secreta podrá ser escondida (Romanos 2:16). Todo será juzgado: nuestras palabras, nuestros actos, nuestras motivaciones, nuestras actitudes y nuestra personalidad (Mateo 5:22; 12:36–37; Marcos 4:22; Romanos 2:5–11, 16; Efesios 6:8; 1 Corintios 3:13; 4:5; 13:3). De todos ellos, nuestras motivaciones (en especial el amor) y nuestra fidelidad parecen ser las más importantes (Mateo 25:21, 23; Lucas 12:43; 1 Corintios 13:3; Colosenses 3:23–24; Hebreos 6:10). Pueden significar la diferencia entre el que nuestras obras sean juzgadas como “oro, plata, piedras preciosas”, o “madera, heno, hojarasca” (1 Corintios 3:12).

El juicio incluye la posibilidad de una “pérdida” (1 Corintios 3:15) o una “recompensa” (Romanos 2:10; 1 Corintios 3:12–14; Filipenses 3:14; 2 Timoteo 4:8; 2 Juan 8). Debemos continuar “en él [en Cristo], para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Juan 2:28). De no ser así, corremos el peligro de que todas nuestras obras se conviertan en cenizas (1 Corintios 3:13–15). Sólo quienes respondan en amor y fe ante la gracia, las capacidades y las responsabilidades que Dios les dé, escucharán a Jesús decir: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21, 23). Aunque no nos salven las obras, sí somos “creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:10). Como nos dice Romanos 2:7, el recto juicio de Dios les dará vida eterna a aquéllos que “perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad”.

Después de ser lanzado Satanás al lago de fuego, aparece un inmenso trono blanco; blanco, porque irradia la santidad, majestad y gloria de Dios (Apocalipsis 20:11). De pie delante de él están todos los muertos, “grandes y pequeños”, esto es, cualquiera que haya sido su categoría en la vida sobre la tierra. (En este número no se incluye a los mencionados en Apocalipsis 20:4, porque ellos ya han resucitado con un nuevo cuerpo inmortal que no puede morir, ni siquiera debilitarse.) Han sido resucitados para el juicio. Puesto que la resurrección es corporal, tendrán algún tipo de cuerpo, y serán juzgados por sus obras (a partir de registros guardados por Dios, en los que sin duda se incluye el que han rechazado a Cristo y seguido a Satanás, además de todos sus demás pecados, tanto públicos como privados). También se abrirá allí el libro de la vida, probablemente como evidencia de que sus nombres no están en él.

La Biblia habla de otros juicios, pero sin dar detalles de tiempo o lugar. Pablo menciona que los santos (todos los verdaderos creyentes,

porque están dedicados a adorar y servir al Señor) juzgarán al mundo y juzgarán a los ángeles, y pone esto en contraste con los juicios de esta vida (1 Corintios 6:2–3). Esto podría tener lugar durante el milenio.

Algunos consideran que Mateo 25:31–46, la separación de las naciones “los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos” (v. 32), es un juicio especial de las naciones, a tener lugar a principios del milenio. Es un juicio de obras, reconociendo que cuanto que se ha hecho o se ha omitido con respecto a los demás, se ha hecho u omitido con respecto a Cristo. Cuanto hagamos, hemos de hacerlo como para el Señor. La palabra “naciones”¹ tiene el sentido de “pueblos”, no de estados. Los actos son actos hechos por personas individuales que se han preocupado por los hermanos [y hermanas] de Cristo, o los han descuidado.² El resultado es una herencia para aquéllos que son los bendecidos, y un fuego eterno para el resto; el fuego preparado para el diablo y sus ángeles. Es decir, que el estado definitivo es el considerado en esta descripción; no el milenio. James Oliver Buswell hace una interesante sugerencia. Puesto que la escena tiene “una vasta perspectiva cósmica”, es posible que Jesús pusiera tanto su propio tribunal, como el gran trono blanco, en esta descripción, a fin de dar la lección, sin indicar la diferencia de tiempo que existiría entre ambos juicios.³

18.3.9 El estado final de los malvados

La Biblia describe el destino final de los perdidos como algo tan terrible, que desafía toda imaginación. Son las “tinieblas de fuera”, donde habrá llanto y crujir de dientes por causa de la frustración y el remordimiento, mientras sufren continuamente la ira de Dios (Mateo 22:13; 25:30; Romanos 2:8–9; Judas 13). Es el “horno de fuego” (Mateo 13:42–50), cuyo fuego es, por su naturaleza misma, inextinguible, y nunca se apaga (Marcos 9:43; Judas 7). Así se produce la condenación eterna, o destrucción perpetua (2 Tesalonicenses 1:9), y “el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 14:11; véase 20:10).⁴ Jesús utilizó la palabra *gueénna* como el término para expresar esta realidad.

Gueénna es la forma griega tomada por el nombre arameo del valle de Hinom, una estrecha quebrada situada al oeste y sur de Jerusalén. Durante la decadencia del reino de Judá, los judíos apóstatas ofrecían allí a sus hijos en un sacrificio de fuego al dios amonita Moloc (2 Reyes 23:10; Jeremías 7:31). Por esta razón, los judíos hicieron de él un basurero de la ciudad en tiempos del Nuevo Testamento, y había fuego siempre ardiendo allí, así que Jesús lo usó como símbolo del lugar definitivo de castigo, el

lago de fuego.¹ Allí, las llamas de azufre ardiente nos indican lo desagradable que será ese fuego. Las tinieblas indican también que estarán apartados de la luz de Dios. La fe, la esperanza y el amor que permanecen para nosotros (1 Corintios 13:13) estarán ausentes para siempre en ese ambiente.² El “descanso” del que disfrutaremos, nunca estará a la disposición de ellos, ni lo estarán el gozo y la paz que nuestro Señor les da a los que creen. También será un lugar solitario, despojado de la comunión con Dios, y la amargura, y el crujir de dientes, además de su propia naturaleza caída sin transformar, impedirán que tengan comunión los unos con los otros.³

Después del último juicio, la muerte y el Hades serán lanzados dentro del lago de fuego (Apocalipsis 20:14), porque éste, que se encuentra totalmente fuera de los nuevos cielos y la nueva tierra (véase Apocalipsis 22:15), será el único lugar donde existirá la muerte.⁴ Entonces se consumará de manera definitiva y plena la victoria de Cristo sobre la muerte como paga por el pecado (1 Corintios 15:26), y en los nuevos cielos y la nueva tierra no habrá más muerte (Apocalipsis 21:4).

18.3.10 El estado final de los justos

Abraham estaba dispuesto a vivir en la Tierra Prometida como un extraño, porque “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:9–10), una ciudad que ya existe en los cielos (Gálatas 4:26; Hebreos 11:16). Esta ciudad, el hogar definitivo de los redimidos, y lugar de habitación de Dios, es la nueva Jerusalén que vio Juan en una visión, y que descendía de los cielos a la nueva tierra. Ya nosotros no estaremos más en la tierra, y Dios en el cielo, sino que el trono y habitación de Dios estarán con su pueblo en la tierra (Apocalipsis 21:3, 22; 22:3). La ciudad no tendrá templo, “porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo”¹ (Apocalipsis 21:22). Es decir, que la presencia y la gloria de Dios y de su Cristo llenarán la ciudad de tal manera, que los que habiten en ella se verán siempre envueltos en una atmósfera de adoración y alabanza.²

Grabados en sus doce puertas, están los nombres de las doce tribus de Israel. Sus cimientos llevan los nombres de los doce apóstoles. Se entiende claramente que el verdadero pueblo de Dios de todas las edades, procedente tanto de Israel como de la Iglesia, se unirá en Cristo en un solo cuerpo de personas, como el cumplimiento definitivo de Gálatas 3:28 (véase Efesios 2:11–22).³

Aunque se describe a la nueva Jerusalén, no se describen los nuevos

cielos y la nueva tierra.⁴ Algunos consideran que son los cielos y la tierra actuales, renovados por el fuego, y señalan pasajes que hablan de que la tierra permanecerá para siempre ([Eclesiastés 1:4](#)). Sin embargo, es probable que esto signifique que siempre habrá una tierra, aunque la actual sea reemplazada por una tierra nueva.

Cuando se presente el gran trono blanco, la tierra y los cielos huirán de la presencia de Dios, porque “ningún lugar” se encontrará para ellos ([Apocalipsis 20:11](#)). Esto sugiere que dejan de existir. El salmista hace un contraste entre la existencia de ellos y la existencia eterna de Dios: “Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo” (Salmo 102:26–27; [Hebreos 1:10–12](#)). Mudarse de ropa significa quitarse una ropa ya vieja y ponerse otra nueva. Esto sugiere que se trata de algo totalmente nuevo, y no de una simple renovación. De manera similar, Isaías vio que “todo el ejército de los cielos” se disolvía ([Isaías 34:4](#)), que “los cielos eran deshechos como humo, y la tierra se envejecería como ropa de vestir” ([Isaías 51:6](#)). También Jesús reconoció que el cielo y la tierra actuales pasarán ([Marcos 13:31](#)), e igualmente lo hizo Pedro ([2 Pedro 3:10–12](#)).¹ “Nuevo” (gr. *kainós*) suele significar totalmente nuevo, y tiene la connotación de “maravilloso”, “inaudito”.² Dios creará unos cielos nuevos y una tierra nueva maravillosos, que estarán libres de toda mancha de pecado y serán un gozo para siempre.³

Nuestra salvación nos hace entrar en una relación nueva que es mejor que aquélla de la que disfrutaban Adán y Eva antes de la caída. La descripción de la nueva Jerusalén demuestra que Dios tiene para nosotros un lugar mejor que el huerto del Edén; allí tendremos todas las bendiciones del Edén, pero intensificadas. Dios es increíblemente bueno: siempre nos restaura a algo mejor que lo que hemos perdido. Ahora disfrutamos de nuestra comunión con Él, pero el futuro nos depara una “comunión más intensa con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y con toda la compañía de los santos”.⁴ La vida en la nueva Jerusalén será emocionante. Nuestro Dios infinito nunca agotará los nuevos gozos y las bendiciones a disposición de los redimidos; además, puesto que las puertas de la ciudad permanecerán siempre abiertas ([Apocalipsis 21:25](#); véase [Isaías 60:11](#)), ¡quién sabe lo que ofrecerán a nuestra exploración los nuevos cielos y la nueva tierra!

18.4 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿En qué sentido es diferente la esperanza del cristiano, a las esperanzas

- que puedan sostener los incrédulos?
2. ¿Qué importancia tiene que reconozcamos la inminencia de la segunda venida de Cristo?
 3. ¿En qué formas se relaciona la resurrección de los creyentes con la resurrección de Jesús?
 4. ¿Cuáles son las bases bíblicas para la predicación de que hay “un cielo que ganar y un infierno que evitar”?
 5. ¿Cómo han interpretado los diversos grupos el texto de [Hechos 1:11](#)?
 6. ¿Cuáles son las debilidades del amilenarismo y del postmilenarismo?
 7. ¿Cuáles son las principales bases para creer que el Arrebatamiento tendrá lugar antes de la tribulación?
 8. ¿Cómo será el milenio?
 9. Tanto el tribunal de Cristo como el tribunal del gran trono blanco serán juicios basados en las obras. ¿En qué sentidos diferirán entre sí?
 10. ¿En qué es en lo que la Biblia insiste más acerca de la nueva Jerusalén? (Incluya todos los pasajes que tratan de este tema.)

¹ Los teólogos se suelen referir a este estudio, llamándolo “escatología” (gr. *ésjatos*, “último”), “el estudio de las cosas últimas”.

² Véase el capítulo 7.

¹ Neill Quinn Hamilton, *The Holy Spirit and Eschatology in Paul: Scottish Journal of Theology Occasional Papers*, n° 6 (Edimburgo: Oliver and Boyd Ltd., 1957), 35.

² “Esperanza” (gr. *elpís*) es un vocablo que incluye en el Nuevo Testamento no sólo las ideas de “esperanza”, “expectación” y “perspectivas futuras”, sino que también se refiere a una esperanza cristiana que es totalmente segura y no tiene sentido alguno de contingencia. Alguien la ha llamado la esperanza que “sabe”.

³ Ewert, David, *And Then Comes the End* (Scottsdale, Pa.: Herald Press, 1980), pp. 176–178.

⁴ Es cierto que el Antiguo Testamento ve el ciclo de las estaciones y de la vida humana, pero insiste fuertemente en la presentación cronológica de la historia. Véase James Barr, *Biblical Words for Time*, 2ª ed. rev. (Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, Inc., 1969), pp. 28–32, 147. Hans Schwarz, *On the Way to the Future: A Christian View of Eschatology in the Light of Current Trends in*

Religion, Philosophy, and Science, ed. rev. (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1979), pp. 17–18. Louis Berkhof, *Systematic Theology*, 4ª ed. rev. (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1941), p. 661, menciona que los estoicos “hablaban de ciclos cósmicos sucesivos”. Bultmann señala que la idea griega de una secuencia de mundos que aparecen y desaparecen surgió porque estaban mirando a la naturaleza. Rudolf Bultmann, *The Presence of Eternity: History and Eschatology* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1957), pp. 5, 24. Para un buen estudio del marxismo como un “movimiento seudoreligioso”, véase Hans Schwarz, “Eschatology”, en *Christian Dogmatics*, Carl E. Braaten y Robert W. Jenson, eds., vol. 2 (Filadelfia: Fortress Press, 1984), pp. 545–550.

1 Claus Westermann, *A Thousand Years and a Day: Our Time in the Old Testament*, traducción al inglés de Stanley Rudman (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1962), p. 21, señala que “historia significa crecimiento”, y que “la relación de Dios con el mundo entero es, a partir del llamado hecho a Abraham, una obra *progresiva*”. Paul S. Minear, *Christian Hope and the Second Coming* (Filadelfia: The Westminster Press, 1954), p. 26.

1 A lo largo de toda la historia de la Iglesia, ha habido quienes han especulado acerca del momento en que regresará Cristo. Inmediatamente antes del año 1000 hubo una racha de fijación de fechas. William Miller fijó fechas en la década de los años cuarenta del siglo diecinueve y engañó a muchos. Podemos esperar que se produzca más especulación acerca de las fechas. Alguna vendrá de personas que podrán ser sinceras, pero que interpretarán mal las Escrituras; alguna, de engañadores que utilizarán los temores y la curiosidad de la gente para hacer que les envíen dinero. También es necesario observar que la palabra traducida como “generación” (gr. *guénea*, [Mateo 24:34](#)) puede significar también “raza” y se puede referir al hecho de que el pueblo judío no desaparecería ni sería totalmente destruido. Aun si se considera que signifique “generación”, se podría referir a un tiempo de treinta años, cuarenta, cien, o incluso un tiempo indefinido, puesto que es probable que la expresión “todas estas cosas” incluya tanto la destrucción de Jerusalén como la consumación y la *parusía*. Véase Henry B. Swete, *Commentary on Mark* (Grand Rapids: Kregel Publications, reimpresión de 1977 tomada de Macmillan, Londres, 1913), p. 315. Véase también R. C. H. Lenski, *The Interpretation of Matthew's Gospel* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1943, 1964), pp. 952–953, donde se señala que en [Mateo 24:14](#) ya se nos habla del “fin”, y que, como el hebreo *dor*, traducido *guénea* en la LXX, la palabra se puede referir a una clase de gente “que se reproduce y sucede a lo largo de muchas generaciones físicas”.

2 Véase William M. Alnor, *Soothsayers of the Second Advent* (Oid Tappan, N.J.: Power Books, Fleming H. Revell Col, 1989), pp. 194–195, donde el autor se refiere al “Manifiesto sobre la fijación de fechas” de David Lewis. Éste toma [Marcos 13:33](#) como versículo clave contra todas las formas de fijación de fechas.

3 Schwarz, “Eschatology”, vol. 2, p. 498.

1 Hendri Kus Berkhof, *Well-Founded Hope* (Richmond, Va.: John Knox Press, 1969), p. 18.

1 Ralph M. Riggs, *The Spirit Himself* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1949), pp. 188–189. Riggs fue superintendente general de las Asambleas de Dios desde 1953 hasta 1959.

2 “Espiritual” (gr. *pneumatikós*) es un calificativo usado para hablar del maná como “pan espiritual”, pan del cielo (1 Corintios 10:3), de los “cánticos espirituales” (Efesios 5:19; Colosenses 3:16), de la “sabiduría e inteligencia espiritual”, sabiduría e inteligencia dadas por el Espíritu (Colosenses 1:9) y de las personas llenas del Espíritu Santo y usadas por Él (1 Corintios 14:37; Gálatas 6:1). Véase Geerhardus Vos, *The Pauline Eschatology* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1972), pp. 166–167; íd., *Redemptive History and Biblical Interpretation: The Shorter Writings of Geerhardus Vos*, Richard B. Gaffin, Jr., ed. (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian and Reformed Pub. Co., 1980), pp. 49–50. En cuanto a las “dimensiones de espacio y tiempo”, véase Henry Blamires, “The Eternal Weight of Glory”, *Christianity Today* 35 (27 de mayo de 1991), pp. 30–34.

1 Henry Barclay Swete, *The Holy Spirit in the New Testament* (Grand Rapids: Baker Book House, 1976), pp. 190–191.

2 Charles Webb Carter, *The Person and Ministry of the Holy Spirit: A Wesleyan Perspective* (Grand Rapids: Baker Book House, 1974), pp. 300–302, véase Dale Moody, *The Hope of Glory* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1964), p. 46.

1 Schwarz sugiere que “el estar siempre listos no expresa obligatoriamente que creamos en que el regreso del Señor esté cronológicamente cercano, sino muestra que nuestra actitud presente es una expresión de nuestro futuro definitivo ... A los cristianos se les está pidiendo que vivan en una expectación activa, como si cada momento fuera para ellos el último”, Schwarz, “Eschatology”, vol. 2, p. 583.

2 Véase Robert Martyn-Achard, *From Death to Life: a Study in the Development of the Doctrine of the Resurrection in the Old Testament* (Edimburgo: Oliver and Boyd, 1960), pp. 3–8.

3 Pude observar esto en 1962, mientras excavaba las tumbas de una familia o clan cananeo en Dotán, algunas de las cuales tenían cinco niveles de enterramientos en un período de cerca de doscientos años.

1 Las distintas versiones modernas traducen *She‘ol* algunas veces como “infierno”, otras como “la tumba”, otras como “el abismo” e incluso otras como “la muerte”.

2 Ernest Swing Williams, *Systematic Theology*, vol. 3 (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1953), p. 178. Véase también George Eldon Ladd, *The Last Things: An Eschatology for Laymen* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1978), p. 32.

3 James Buswell, Jr. *A Systematic Theology of the Christian Religion*, vol. 2 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1962), p. 317.

1 *Elohim* es un término que se aplica al único Dios verdadero, a los dioses paganos, a los ángeles y a los héroes fallecidos, según lo indique el contexto.

2 Véase R. H. Charles, *A Critical History of the Doctrine of a Future Life in Israel, in Judaism, and in Christianity* 2ª ed. (Londres: Adam and Charles Black, 1913), pp. 33–35. Explica esto a base de

referirse a “la doctrina bíblica de que la muerte es producto del pecado”.

3 Véase Hechos 2:27, donde Pedro cita el [Salmo 16:10](#), entendiendo claramente *Shé‘ol* como *Hades*.

4 La mayoría de los escrituristas sostienen que el [Salmo 73:24](#) significa que en el momento de la muerte, “el justo será recibido en la presencia de *Yahwé* y permanecerá en su gloria”, Martin-Achard, *From Death to Life*, p., 163.

1 Algunos rabinos decían que los compartimentos de los justos estaban separados de los compartimentos de los malvados por un solo palmo de distancia; otros decían que era un dedo solamente.

2 Erickson dice que la muerte no es algo natural en la humanidad. Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), pp. 1170–1171.

3 En algunas traducciones se le llama “Dives”. Esta palabra es la utilizada en la Vulgata latina con el significado de “rico”, y no es un nombre propio. [El nombre de “Epulón” que se le da tradicionalmente es derivado del griego *plúsios* del original, también con el significado de “rico”. Nota del traductor.]

1 Forma griega de “Eliezer”.

2 La palabra “seno” era usada para expresar que las personas comían juntas en el mismo diván (véase [Juan 13:23](#)). Esto indica una estrecha comunión y, probablemente, un lugar de honor.

3 Orígenes, unos pocos místicos, algunos anabaptistas, Schliermacher y los testigos de Jehová se encuentran entre los que sostienen que hay una segunda oportunidad de salvación después de la muerte. Boettner señala que esto “deprecia la importancia de la vida presente y ... apaga el celo misionero”. Loraine Boettner, *Immortality* (Filadelfia: The Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1956), pp. 104–108.

4 Además del Hades como lugar de castigo, [2 Pedro 2:4](#) habla del *Tártaros* (RV “infierno”) como lugar de castigo para los ángeles caídos. (Véase Charles B. Williams, *New Testament in the Language of the People*.)

5 Esta promesa fue dicha de manera muy enfática. El orden de las palabras en griego es éste: “Ciertamente digo a ti, hoy, conmigo estarás en el paraíso.”

6 Los judíos piensan que el primer cielo es la atmósfera que rodea a la tierra; el segundo cielo el de las estrellas, y el tercer cielo, el lugar donde están el trono de Dios y el paraíso.

7 Boettner, *Immortality*, p. 92, señala que el “descanso” ([Apocalipsis 14:13](#)) no significa pereza o inactividad, sino que “lleva consigo la idea de *satisfacción en el trabajo, o gozo en los logros realizados*”.

1 Moody, *The Hope of Glory*, p. 65; William W. Stevens, *Doctrines of the Christian Religion* (Nashville: Broadman Press, 1967), p. 379. Ladd, *The Last Things*, pp. 35–36.

² Véase Boettner, *Immortality*, pp. 109–116, donde hay un buen estudio de la doctrina del “sueño del alma”. Véase también Thomas R. Edgar, “The Meaning of ‘Sleep’ in 1 Thessalonians 5:10”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 22:4 (diciembre de 1979), pp. 345–349; Wilbur M. Smith, *The Biblical Doctrine of Heaven* (Chicago: Moody Press, 1968), p. 156; Stevens, *Doctrines*, p. 381. Los pasajes utilizados para apoyar el sueño del alma ([Salmos 6:5](#); [13:3](#); [115:17](#); [146:3–4](#); [Eclesiastés 9:5–6](#); [Mateo 9:24](#); [Juan 11:11–14](#); [Hechos 7:60](#); [1 Corintios 15:51](#); [1 Tesalonicenses 4:13–14](#)) se refieren todos al cuerpo muerto, tal como aparece desde el punto de vista de la persona corriente aún viva. No tratan del tema de lo que le sucede a la persona que va al infierno, o que va a estar con el Señor después de la muerte.

¹ Alois Winkhofer, *The Coming of His Kingdom: A Theology of the Last Things*, traducción al inglés de A. V. Littledale (Herder, Montreal: Palm Publishers, 1962), p. 114.

² Algunos católicos están dispuestos a admitir que no hay apoyo en las Escrituras para el purgatorio, pero afirman que no hay en la Biblia nada contrario a esta doctrina. Zachary Hayes, “The Purgatorial View”, en *Four Views on Hell*, William Crockett, ed. (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1992), p. 107.

³ Joseph Pohle, *Eschatology or the Catholic Doctrine of the Last Things: A Dogmatic Treatise*, versión inglesa de Arthur Preuss (Westport, Conn.: Greenwood Press, Publishers, 1971, reimpresión tomada de 1917), pp. 26–27. Francis X. Cleary, “Roman Catholicism”, en *How Different Religions View Death and Afterlife*, Christopher J. Johnson y Marsha G. McGee, editores (Filadelfia: The Charles Press Publishers, 1991), p. 271.

⁴ “No hay pruebas satisfactorias de que los médiums hagan contacto realmente con esos espíritus ... Aun los médiums más famosos han sido descubiertos en fraude.” Además, la bruja de Endor se sorprendió grandemente al aparecer Samuel. Dios tomó el control de la situación, y la utilizó para pronunciar su juicio sobre el rey Saúl ([1 Samuel 28:12](#)). Boettner, *Immortality*, pp. 138, 149. G. W. Butterworth, *Spiritualism and Religion* (Londres: Society for Promoting Christian Knowledge, 1944), p. 129.

¹ Véase Arme C. Klein, “Buddhism”, y Swami Adiswarananda, “Hinduism”, en *How Different Religions View Death*, pp. 85–108, 157–184.

² Larry V. Crutchfield, “The Apostle John and Asia Minor as a Source of Premillennialism in the Early Church Fathers”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 31 (diciembre de 1988), pp. 412, 427.

¹ Para un estudio sobre el alejamiento de una esperanza futura, véase Schwarz, *On The Way*, p. 175. Berkhof, *Systematic Theology*, p. 663. Hubo un breve brote de expectación con respecto al fin del mundo inmediatamente antes del año 1000, debido a que algunos padres de la Iglesia habían enseñado que la tierra había sido creada alrededor del año 5000 a.C., y a la idea presentada en Bernabé 15:4 de que al final de los seis mil años después de la creación, habría un descanso sabático final. Véase William Manson, G. W. H. Lampe, T. F. Torrance, W. A. Whitehouse, *Eschatology* (Edimburgo: Oliver and Boyd, Ltd., 1953), p. 31. Para la Edad Media,

véase R. P. C. Hanson, *The Attractiveness of God: Essays in Christian Doctrine* (Richmond, Va.: John Knox Press, 1973), p. 194. Manson; Lampe; Torrance; Whitehouse, *Eschatology*, p. 37. Stephen Travis, *The Jesus Hope* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1974), p. 54. Tenemos un importante ejemplo de creencia en un milenio futuro en Joaquín de Florís, en Calabria (m. 1202). Véase Le Goff, *The Birth of Purgatory*, p. 83.

2 Manson, *Eschatology*, pp. 4, 5.

3 Wilber B. Wallis, “Eschatology and Moral Concern”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 24 (marzo de 1981), p. 5. Bryan W. Ball, *A Great Expectation: Eschatological Thought in English Protestantism to 1660*, vol. 12, en *Studies in the History of Christian Thought*, ed. Heiko A. Oberman (Leiden: E. J. Brill, 1975), pp. 1–4, 19–23.

4 Wallis, *Eschatology*, pp. 4, 5.

1 Craig A. Blaising, “Introduction”, pp. 13–36, en *Dispensationalism, Israel and the Church: The Search for Definition*, Craig A. Blaising y Darrell L. Bock, editores (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1992), pp. 16–22. Thomas N. Finger, *Christian Theology: An Eschatological Approach*, vol. 1 (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1985), p. 110.

2 Helmut Thielicke, *The Evangelical Faith*, traducción al inglés de G. W. Bromiley, vol. 1 (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1974), p. 125.

3 J. H. Leckie, *The World to Come and Final Destiny*, 2ª ed. (Edimburgo: T. & T. Clark, 1922), p. 42. En contra de Bultmann, vea la defensa de la historia lineal en Oscar Cullmann, *Christ and the Time: The Primitive Christian Conception of Time and History*, traducción al inglés de Floyd V. Filson (Filadelfia: Westminster Press, 1964), pp. 96, 105. Véase también James Barr, *Biblical Words for Time*, 2ª ed. rev. (Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, 1969), pp. 12–180, para una crítica de las afirmaciones exageradas de Cullmann. Bultmann trató la escatología como “mitológica” y consideró lo milagroso como obsoleto e inaceptable. Véanse los comentarios de Emil Brunner, *Eternal Hope*, traducción al inglés de Harold Knight (Filadelfia: The Westminster Press, 1954), p. 214. Véase también Erickson, *Christian Theology*, p. 1159.

1 Zachary Hayes, *What Are They Saying About the End of the World?* (Nueva York: Paulist Press, 1983), p. 7. Carl E. Braaten, *Eschatology and Ethics* (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1974), pp. 14–15. Hendrikus Berkhof, *Well-Founded Hope* (Richmond: John Knox Press, 1969), p. 12. Finger señala que “el ‘injerto’ de Israel es otra indicación” de que el concepto existencial de nuestra esperanza futura no es bíblico. Finger, *Christian Theology*, vol. 1, p. 170. En una carta al doctor George Beasley-Murray, Dodd admitió que era posible que Jesús hubiese utilizado lenguaje apocalíptico, pero “ciertamente en un sentido simbólico”. George Raymond Beasley-Murray, *Jesus and the Future: An Examination of the Criticism of the Eschatological Discourse, Mark 13 with Special Reference to the Little Apocalypse Theory* (Londres: Theological Students’ Fellowship, 1973), p. 13. J. E. Fison, *The Christian Hope: The Presence and the Parousia* (Londres: Longmans, Green and Co., 1954), pp. ix–x. Dodd desecha la parusía, rechaza los elementos apocalípticos del Nuevo Testamento, tomándolos como influencia judía, e importa “una

concepción platónica del tiempo” en la que no cabe una acción de Dios, Cristo o el Espíritu Santo en una edad futura. Para una evaluación crítica de la teología de Dodd, véase Hamilton, *The Holy Spirit and Eschatology*, pp. 54–60, y Clayton Sullivan, *Rethinking Realized Eschatology* (Macón, Ga.: Mercer University Press, 1988), pp. vii, 4, 34–70. Véase también Marshall, *Eschatology and the Parables*, pp. 13–14; Hanson, *The Attractiveness of God*, p. 190.

2 Jürgen Moltmann, *Theology of Hope: On the Ground and the Implications of a Christian Eschatology*, traducción al inglés de James W. Leitch (Nueva York: Harper & Row Publishers, 1967), p. 16. Koch señala que Moltmann separa esta esperanza de la historia, y “termina por arrancar la salvación y la creación la una de la otra”. Klaus Koch, *The Rediscovery of Apocalyptic*, traducción al inglés de Margaret Kohl (Naperville, Ill.: Alec R. Allenson, Inc., [1972?]), pp. 107–108. Randall E. Otto, “God and History in Jürgen Moltmann”, *Journal of the Evangelical Theological Society* 35:3 (septiembre de 1992), pp. 375–388, también señala que Moltmann niega lo sobrenatural, no considera la historia de la Biblia como una historia real, y niega el concepto bíblico del cumplimiento de la esperanza que presenta. También impone sobre la Biblia “un concepto de la historia derivado del marxismo revisionista” (pp. 379, 384).

3 Finger, *Christian Theology*, vol. 1, pp. 74–77; Hayes, *What Are They Saying*, pp. 10–11; Schwarz, *On the Way to the Future*, p. 107.

1 “Hebreos 9:28 está decididamente en contra” de la idea de que la *parusía* “se puede espiritualizar de manera que quede reducida a la simple continuación de la presencia de Jesús con sus amados en todo tiempo”. Bernard Ramm, “A Philosophy of Christian Eschatology”, en *Last Things*, H. Leo Eddleman, ed. (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1969), pp. 20–42.

2 Hobart E. Freeman, *Exploring Biblical Theology* (Warsaw, Ind.: Faith Ministries and Publications, s. f.), pp. 298–299.

1 Del latín *præter*, “pasado”.

2 Del latín *idea*, que no se refiere a valores (esto es, ideales), sino a imágenes mentales.

3 Stanley M. Horton, *The Ultimate Victory* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1991), pp. 18–19.

1 Michael Kalafian, *The Prophecy of the Seventy Weeks of the Book of Daniel* (Lanham, Md.: University Press of America, Inc., 1991), p. 227. Véase todo el libro para explicaciones detalladas sobre las interpretaciones premileniales, amileniales y de la alta crítica sobre esta profecía.

2 Del latín *mille*, “mil”, y *annus*, “año”.

3 La “a” indica aquí negación.

4 Anthony A. Hoekema, *The Bible and the Future* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1979), p. 235.

⁵ Williams, *Systematic Theology*, vol. 3, pp. 224, 233.

¹ La mayoría de los postmilenaristas (así como los amilenaristas) consideran que el encadenamiento de Satanás ([Apocalipsis 20:3](#)) significa que él no puede evitar que el evangelio sea proclamado con poder. Sin embargo, Satanás es encerrado en el abismo y encerrado en él, impotente, no sólo contra los cristianos, sino contra las naciones; contra todos los pueblos del mundo. Véase Donald G. Bloesch, *Essentials of Evangelical Theology*, vol. 2 (Nueva York: Harper & Row, Publishers, 1979), p. 195.

² Los que no son preteristas son historicistas, y dicen que la Iglesia está en la Tribulación y siempre ha estado en ella. Véase John F. Walvoord, *The Rapture Question* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1972), p. 41.

³ Esto fue proclamado en un sermón por el Dr. E. Stanley Jones en Gordon College, en 1944, estando yo presente.

⁴ Earl Paulk, *Satan Unmasked* (Atlanta: K. Dimension Publishers, 1984), pp. 254, 264. Michael G. Moriarty, *The New Charismatics* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1992), p. 93. Véase también Earl Paulk, *The Wounded Body of Christ* (Decatur, Ga.: K. Dimensión Publishers, 1985), p. 140.

¹ Pauline G. MacPherson, *Can the Elect Be Deceived?* Denver: (Bold Truth Press, 1986), p. 46. Véase también David Chilton, *Paradise Restored: A Biblical Theology of Dominion* (Fort Worth: Dominion Press, 1985), p. 53; Earl Paulk, *The Great Escape Theory* (Decatur, Ga.: Chapel Hill Harvester Church, s. f.). David Chilton, *Paradise Restored: A Biblical Theology of Dominion* (Tyler, Tex.; Reconstruction Press, 1985), p. 224. Gary DeMar y Peter Leithart, *The Reduction of Christianity* (Fort Worth: Dominion Press, 1988), p. 213. En cuanto a los propósitos de Dios con Israel, véanse [Deuteronomio 4:27–31](#); [Isaías 2:2–3](#); [14:1–3](#); [Jeremías 23:5–6](#), [32:37–42](#); [Ezequiel 36:22–32](#); [39:25–29](#); [Amós 9:11–15](#); [Sofonías 3:14–15](#); [Zacarías 8:7–8](#), [13–15](#); [Romanos 11:15](#), [25–27](#).

² Wayne House y Thomas Ice, *Dominion Theology: Blessing or Curse?* (Portland, Oreg.: Multnomah Press, 1988), p. 390.

¹ La palabra “rpto”, que también se utiliza, procede del latín *raptus*, el participio pasivo de *rapere*, “agarrar, apoderarse”, y tiene el sentido original de ser arrebatado y llevado. Por tanto, hablar del “rpto” es también una manera correcta de designar el momento en que seamos “arrebatados juntamente ... para recibir al Señor en el aire”.

² Véase el uso de la palabra en la parábola de las diez vírgenes ([Mateo 25:1–10](#)) y en el caso del encuentro entre Pablo y los cristianos de Roma, que lo escoltaron en su entrada a la ciudad ([Hechos 28:15](#)). Véase también Polibio, 18, 48, 4 (siglo II a.C.), ed. Th. Buttner-Wobst, 1882–1904.

³ Thoralf Gilbrant, ed., *The Complete Biblical Library*, vol. 15 (Springfield, Mo.: The Complete Biblical Library, 1991), pp. 101–102. *Epifanía*, “aparición” y *apokalpsis*, “revelación”,

“desvelamiento”, son vocablos usados también para hablar del regreso de Cristo. Las tres palabras se pueden utilizar de manera intercambiable para hablar de la venida de Cristo a buscar a sus santos que aguardan (véanse [1 Corintios 1:7](#); [1 Tesalonicenses 2:19](#); [1 Timoteo 6:14](#)), y también para hablar de su venida en llamas de fuego al final de la tribulación (véanse [1 Tesalonicenses 3:13](#); [2 Tesalonicenses 1:7](#); [2:8](#); [1 Pedro 1:7](#)).

¹ Para un punto de vista amilenario, véase Anthony A. Hoekema, *Bible and the Future*, p. 255, y Philip E. Hughes, *The Book of the Revelation* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1990), pp. 204, 219. Para un punto de vista postmilenarista, véase Augustus H. Strong, *Outlines of Systematic Theology* (Filadelfia. The Judson Press, 1908), pp. 263, 267.

² Henry Alford, “prolegomena”, en *The Greek Testament*, 3ª ed., vol. 4 (Londres: Rivingtons, 1866), pp. 246–247.

³ J. Rodman Williams, *Renewal Theology*, vol. 3 (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1992), p. 378.

¹ Véase Buswell, *A Systematic Theology*, vol. 2, pp. 398, 431, 444, 450, 456, 458–459. Martín J. Rosenthal, *The Prewrath Rapture of the Church* (Orlando, Ra.: Zion’s Hope, 1989), y Horton, *Ultimate Victory*, pp. 104–107.

² Glen Menzies y Gordon L. Anderson, “D. W. Kerr and Eschatological Diversity in the Assemblies of God”, *Paraclete* 27 (invierno de 1993), pp. 8–16.

³ Véase Walvoord, *The Rapture Question*, pp. 105–125, donde se estudia esto.

¹ Stanley M. Horton, *Welcome Back Jesus* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1967), p. 33.

² Asambleas de Dios, *Where We Stand* (Springfield, Mo.: Gospel Publishing House, 1990), p. 129.

³ Algunos acusan a los pretribulacionistas de ser escapistas. Sin embargo, es una doctrina práctica, y su insistencia en la inminencia mantiene siempre presente en nosotros el pensamiento del regreso del Señor, y anima a testificar y hacer labor misionera, además de vivir piadosamente. Véase James Montgomery Boice, *Foundations of the Christian Faith* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1986), pp. 707, 708.

⁴ [1 Macabeos 1:47](#), [54](#), [59](#); [2 Macabeos 6:2](#).

¹ Gr. *apostasía*, que puede tomar el sentido de una rebelión espiritual, pero que con mayor frecuencia se refiere a una rebelión militar, posiblemente una guerra mundial o un cumplimiento de [Ezequiel 38](#) y [39](#).

² Muchos manuscritos antiguos, y también padres de la Iglesia como Tertuliano, dicen “el hombre [gr. *ánzropos*, un ser humano] de pecado” también, pero el significado sigue siendo el de “hombre sin ley”. Él se pondrá a sí mismo por encima de la ley, y hará que su voluntad sea suprema, como dictador absoluto.

³ Véase [Mateo 24:22](#), donde, por plan de Dios, esos días han sido acortados (pero no más que los tres años y medio que tendrá la segunda parte de la tribulación).

⁴ Véase [Mateo 20:28](#), donde Jesús vino “a dar su vida en rescate *anti* [en lugar de] muchos”.

¹ Los postribulacionistas suelen decir que aquéllos que han enseñado un Arrebatamiento previo a la tribulación se sentirán tan desilusionados cuando tengan que enfrentarse al anticristo, que caerán y serán engañados por él. Véase Williams, *Renewal Theology*, vol. 3, p. 381. Sin embargo, el anticristo sólo engañará a aquéllos que se nieguen a recibir “el amor de la verdad para ser salvos” ([2 Tesalonicenses 2:10](#)). Ninguna persona salva será engañada por el anticristo.

² Horton, *Ultimate Victory*, pp. 183–194.

³ *Ibíd.*, pp. 196–197.

⁴ *Ibíd.*, pp. 277–279.

¹ La repetición de los mil años en seis ocasiones les da importancia y sugiere que esto es algo a tomar literalmente. [Salmos 2:8](#); [24:7–8](#); [Isaías 9:7](#); [11:6–10](#); [35:1–2](#); [61:3](#); [Jeremías 23:5–6](#); [Ezequiel 40–48](#); [Daniel 2:44](#); [Oseas 1:10](#); [3:5](#); [Amós 9:11–15](#); [Miqueas 4:1–8](#); [Zacarías 8:1–9](#); [Mateo 19:28](#); [Hechos 15:16–18](#); [Apocalipsis 2:25–28](#); [11:15](#).

² En el milenio, tal como lo indica Bruce Ware, “Israel y la Iglesia son en realidad un único pueblo de Dios ... Uno por la fe en Cristo y la participación común en el Espíritu y, sin embargo, distintos, en cuanto a que Dios restaurará a Israel como nación a su tierra ... [bajo] un nuevo pacto”. “The New Covenant and the People(s) of God”, pp. 68–97 en Blaising, *Dispensationalism*, p. 97.

³ [Salmos 96:11–13](#); [98:7–9](#); [Isaías 14:7–8](#); [35:1–2](#), [6–7](#); [51:3](#); [55:12–13](#); [Romanos 8:18–23](#).

¹ Los santos del Antiguo Testamento serán incluidos en esta parte mayor de la cosecha ([Isaías 26:19–21](#); [Ezequiel 37:12–14](#); [Daniel 12:2–3](#)).

¹ Aquí se identifica a las naciones como “Gog y Magog”. Sin embargo, la batalla de aquí es muy diferente a la de [Ezequiel 38](#) y [39](#). Es posible que se esté haciendo una comparación, y se quiera decir que esta gente está actuando como Gog y Magog, y no que sean realmente Gog y Magog.

² Algunos manuscritos griegos antiguos traen *kakós*, una palabra más general, con el significado de “malo”, “malvado”, “deficiente”, “daño”, “equivocado”, en lugar de *fáylos*.

¹ El vocablo griego *éznos*, *ézne* (pl.) tiene un significado amplio que comprende cualquier grupo de personas. El pueblo de Dios es un *éznos* santo ([1 Pedro 2:9](#)). *Ézne* tomaba con frecuencia el significado de “gentiles”.

² Algunos sostienen que “estos mis hermanos” (v. 40) se refiere al pueblo judío. Sin embargo, Jesús llamaba constantemente “hermanos” suyos a sus propios seguidores ([Mateo 12:46–50](#); [28:10](#); [Marcos 3:31–35](#); [Lucas 8:19–21](#); [Juan 20:17](#); [Romanos 8:29](#); [Hebreos 2:11](#)). Son los “más

pequeños”, la “manada pequeña” a la que le ha complacido entregar el reino ([Lucas 12:32](#)).

³ Buswell, *A Systematic Theology*, vol. 2, pp. 422–423.

⁴ A los incrédulos no les gusta la idea de un tormento que no tendrá fin. La mayor parte de las sectas rechazan también la idea. Véase Bloesch, *Essentials of Evangelical Theology*, vol. 2, p. 219. Los universalistas dicen que un Dios bueno no sería capaz de enviar a nadie al infierno. Los unitarios afirman que hay demasiado dentro de la persona que es bueno, para que Dios envíe a alguien al infierno. Ambos grupos se olvidan de la santidad y la justicia de Dios. Un buen padre terrenal no les daría a sus hijos un vaso de leche con una onza de estircnina, diciéndoles: “En esta leche hay muchas cosas buenas para que la vayamos a tirar.” Así, nuestro Padre celestial debe arrojar fuera a quienes hayan rechazado el único antídoto al pecado: la sangre de Jesús. Véase Harry Buis, *The Doctrine of Eternal Punishment* (Filadelfia: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1957), pp. 112–122, para un estudio del tema. El universalismo es peligroso, porque a todos los efectos, niega “la existencia de ningún riesgo extremo en la vida moral”. Leckie, *The World to Come*, p. 286. Habrá grados en la intensidad de este castigo ([Lucas 12:47–48](#)); éstos dependerán de sus obras ([Apocalipsis 20:12–13](#)). Lo que no habrá es límites en cuanto a tiempo. Será eterno. Algunos consideran que “eterno” significa “que dura por toda una era”, pero el uso de este término en el Nuevo Testamento indica que significa “sin fin”. Esta misma palabra es utilizada para hablar de la vida eterna ([Mateo 25:46](#); [Juan 3:16](#)) y del “Dios eterno” ([Romanos 16:26](#)).

¹ Una herejía extendida en la década de 1920 por Charles H. Pridgeon, *Is Hell Eternal or Will God's Plan Fail?* (Pittsburgh: The Evangelization Society of the Pittsburgh Bible Institute, 1920), identificaba el fuego de [1 Corintios 3:15](#) con el lago de fuego. Esto sugiere que los creyentes que no son suficientemente santos, necesitarán pasar algún tiempo en el lago de fuego. Sugiere además que la razón de ser de este fuego es la purificación y que por medio de él, todos serán salvos, incluyendo al diablo y a sus demonios. Toman la frase “restitución de todas las cosas” ([Hechos 3:21](#)) fuera de contexto, sin reconocer que “todas las cosas” incluye solamente aquellas cosas de las que hablaron los santos profetas de Dios. Es difícil ver por qué sería necesaria la cruz, si el lago de fuego puede proporcionar otro medio de salvación.

² Una persona carente de fe no puede disfrutar de la vida eterna en Cristo, como tampoco un pez, que no tiene pulmones, es capaz de vivir en tierra seca. Véase T. A. Kantonen, *The Christian Hope* (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1954), p. 107. Por consiguiente, no hay esperanza de que se produzca una salvación universal final.

³ Erickson, *Christian Theology*, p. 1235.

⁴ Los aniquilacionistas enseñan que después de un breve período, Dios hará que cesen totalmente de existir. Algunos dicen que el hombre fue creado mortal, y que la inmortalidad se gana solamente como recompensa dada por Dios. Otros afirman que el hombre fue creado inmortal, pero que Dios, por medio de un acto suyo, lo priva de esa inmortalidad. Habría poco motivo para que el fuego fuese “inextinguible” si las cosas fueran de una de estas maneras. Boettner, *Immortality*, pp. 117–119; Clark H. Pinnock, “The Conditional View” en *Four Views on*

Hell, pp. 135–166. Véase también Stephen H. Travis, *I Believe in the Second Coming of Christ* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1982), p. 198.

1 Gr. *naós*, “santuario”.

2 David L. Turner, “The New Jerusalem in Revelation 21:1–22:5: Consummation of a Biblical Continuum”, en *Blaising, Dispensationalism*, p. 273. Algunos conservadores “como Joseph Seiss, William Kelly, Walter Scott, J. N. Darby, A. C. Gaeblein, e incluso G. R. Beasley-Murray”, sostienen que “Apocalipsis 21:1–8 se refiere al estado eterno, mientras que del 21:9 al 22:5 se habla del milenio. No obstante, es mejor pensar que todo el pasaje se refiere al estado eterno. Wilbur M. Smith, *The Biblical Doctrine of Heaven*, pp. 258–259. Puesto que la ciudad es identificada con “la desposada, la esposa del Cordero” ([Apocalipsis 21:9–10](#)), algunos creen que es un símbolo de la Iglesia, y no una ciudad real. Sin embargo, en la Biblia es frecuente que se identifique a una ciudad con sus habitantes, como lo hizo Jesús al llorar sobre Jerusalén ([Mateo 23:37](#)).

3 Horton, *Ultimate Victory*, pp. 313–317. Véase también Carl B. Hoch, Jr. “The New Man of Ephesians 2”, en *Blaising, Dispensationalism*, p. 113.

4 [Isaías 65:17](#) profetiza que Dios creará nuevos cielos y una nueva tierra. Después, el versículo 18 marca un fuerte contraste y atrae la atención hacia el hecho de que la Jerusalén actual también tendrá su cumplimiento (esto es, en el milenio); entonces, los vv. [19–25](#) pasan a describir una situación milenial que no corresponde en absoluto con la nueva Jerusalén descrita en el Apocalipsis.

1 Algunos consideran que las palabras “serán deshechos” (gr. *lyzésontai*; [2 Pedro 3:10](#)) significan “serán desatados, sueltos, quebrados”, y las relacionan con una renovación de la superficie terrestre. Sin embargo, [2 Pedro 3:12](#) emplea una palabra diferente, *téketai*, traducida correctamente como “se fundirán”, porque este verbo sólo puede significar “fundir” o “dissolver”, que es también uno de los significados de *lyzésontai*.

2 Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, 2^o ed., traducción al inglés de William F. Arndt y Wilbur Gingrich, revisada y aumentada por F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 1979), p. 394.

3 Los que sostienen que la tierra actual será purificada, comparan el fuego con el diluvio de Noé, que “purificó” a la tierra antigua. Turner, “The New Jerusalem”, p. 274.

4 Bloesch, *Essentials of Evangelical Theology*, vol. 2, p. 228. Véase Hebreos 12:22–24.